



USA TODAY MEJOR VENDIDO AUTOR

MELISSA F. MILLER

REVELACIÓN

Thriller Legal de Sasha McCandless

INVOLUNTARIA

Melissa F. Miller

Revelación Involuntaria

«Tektime S.r.l.s.»

Miller M.

Revelación Involuntaria / M. Miller — «Tektime S.r.l.s.»,

Han pasado ya seis meses desde que un accidente aéreo alterara el curso de la vida profesional y personal de la abogada Sasha McCandless. Ahora está centrada en construir su bufete de abogados independiente y en cuidar su incipiente relación con el comisario aéreo federal Leo Connelly, que la ayudó a detener a un loco. Cuando Sasha se desplaza desde Pittsburgh a la zona rural del condado de Clear Brook para argumentar una moción de descubrimiento, se encuentra con un pueblo amargamente dividido por la cuestión de la fracturación hidráulica del Marcellus Shale. Los forasteros de la industria del petróleo y el gas y los activistas medioambientales amenazan con destrozarse el tejido de la comunidad. Entonces, el único juez de la ciudad es asesinado, y Sasha no puede simplemente marcharse. Mientras trabaja para encontrar al asesino, debe correr para salvar el pueblo antes de que se destruya sin remedio. Translator: Santiago Machain

© Miller M.

© Tektime S.r.l.s.

Содержание

Índice	6
Prólogo	8
1	10
2	11
3	14
4	25
5	32
6	34
7	39
8	40
Конец ознакомительного фрагмента.	42

Revelación Involuntaria

Índice

[Revelación Involuntaria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[¡Gracias!](#)

[Acerca de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Revelación Involuntaria

Melissa F. Miller

Traducción al español: Santiago Machain

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Copyright © 2012 Melissa F. Miller

Todos los derechos reservados.

Publicado por Brown Street Books.

Para más información sobre la autora

visite www.melissafmiller.com.

Brown Street Books ISBN: 978-0-9834927-4-0

Para mi hermana Theresa, mi hermano Trevor y Kevin, verdaderos protectores de la tierra, y por mis hijos, Adam, Jack y Sara, que cosecharán sus frutos.

Prólogo

Springport, Pensilvania

29 de julio de 1974

El apogeo de la crisis del petróleo

Las hermanas se sentaron en los amplios escalones de la entrada de su casa, que pronto sería vieja, y observaron. La mayor, de casi doce años, se había autoimpuesto no llorar, pero no pudo evitar que sus mejillas ardieran de rabia. Su hermana, dos años más joven, no fue capaz de sofocar el flujo de lágrimas que caían por sus mejillas, que también eran de un rojo intenso, pero de vergüenza, no de ira. Los embargantes evitaban estudiadamente sus ojos mientras iban y venían de la casa a la furgoneta, cargándola con sus bicicletas, sus patines de hielo, incluso los viejos osos de peluche que aún dormían en sus camas gemelas por inercia más que por cualquier necesidad.

Cuando vio que se llevaban su equipo de microscopio, junto con las láminas de especímenes que había pasado todo el último año recogiendo y montando, la menor perdió el poco control que tenía sobre sus emociones y dejó escapar un gemido de dolor. El grito atrajo la atención de su madre, que había tenido mucho cuidado en cargar el maletero de la camioneta prestada con las reliquias de su familia, las únicas posesiones que poseían y que su padre no había empeñado en un intento infructuoso de salvar su negocio de calderas a petróleo. Su madre depositó el joyero de su abuela sobre el paño que había tenido que pedir prestado a la antigua criada de la familia junto con el coche (incluso la ropa de cama se la había llevado el portador del billete) y se precipitó hacia los escalones.

—Basta, —siseó la mayor, molesta porque estaban llamando la atención del espeluznante D.J. McAllister, que estaba al otro lado de la calle y cuya sonrisa delataba su fingida ignorancia de lo que les ocurría a sus vecinos. Una cosa que las chicas no echarían de menos en su casa era la presencia de Daniel, Jr. o D.J. cerca. Su buena educación, como le gustaba llamarla a su madre, no era lo suficientemente fuerte como para superar sus hormonas de adolescente, y les daba mucho asco la forma en que miraba con desprecio a su madre en sus pantalones ajustados.

La chica se esforzó por recuperar el aliento entre sollozos. La niña mayor estaba a punto de darle un buen y doloroso pellizco en el brazo para distraerla, cuando un libro cubierto de raso blanco que asomaba por el pliegue del brazo sudoroso de uno de los hombres le llamó la atención.

—¡Mamá! —gritó, mientras su madre se acercaba para rodear con un brazo reconfortante a su todavía llorosa hermana, —¡se llevan mi diario! Tenía la llavecita dorada escondida en el bolsillo de sus pantalones vaqueros, pero todo el mundo sabía que bastaba con una horquilla doblada para reventar el candado barato. Ese libro contenía sus pensamientos privados. Incluyendo la forma en que mirar al espeluznante D.J. a veces la hacía sentir rara. Se moriría si alguien lo leyera. —¡Esto es una mierda!

—Cuida tu lenguaje, —dijo su madre con voz firme. Luego, un segundo después. No, tienes razón, esto es una mierda. Se acercó y le dio un golpecito en el hombro al embargante.

Él se volvió. —¿Sí, señora?

—¿De verdad cree que es necesario llevarse el diario de mi hija? No tiene valor de reventa. Esto es simplemente cruel.

Observaron mientras el hombre sopesaba esto, mirando el libro blanco y brillante en su brazo. Se encogió de hombros y se lo entregó. —Tienes razón, supongo.

La niña corrió y se lo arrebató de las manos a su madre y lo apretó contra su pecho. Su madre ni siquiera intentó recordarle que debía dar las gracias. Los modales no valían nada en su situación.

Los ojos del hombre se desviaron hacia la hermana menor, que seguía llorando en las escaleras.

—Supongo que es justo que ella también elija una cosa para quedarse, ¿no? No es su culpa, después de todo.

—No, no, no lo es, —coincidió su madre. —La culpa es de su padre.

Hizo un gesto a la niña para que se uniera a ellos, y lo hizo, todavía sorbiendo.

—¿Qué quieres conservar? — preguntó el embargante, ansioso por acabar con esto.

—Mi microscopio, por favor, murmuró ella.

—Ah, cielos, eso parece caro.

—En realidad no lo es, —le explicó su madre, es sólo un kit juvenil. Ha trabajado mucho en sus diapositivas.

Su madre alargó la mano y trazó un dedo a lo largo del brazo desnudo del hombre.

—¿Por favor? —dijo con la voz entrecortada y baja.

El hombre miró a su padre, que estaba sentado mirando su mansión, ajeno a todo lo que no fuera su propio dolor, y luego volvió a mirar a su madre.

La niña contuvo la respiración y esperó que él dijera que sí. Finalmente, lo hizo.

—De acuerdo, bien.

Corrió hacia ella y tomó el microscopio y sus portaobjetos de la caja de cartón en la acera antes de que él pudiera cambiar de opinión.

La mano de su madre se quedó en su brazo. —¿Cómo podré agradeceréte?

Apartó la mirada y continuó bajando los escalones como si nunca hubiera ocurrido.

Las niñas abrazaron fuertemente a su madre, y caminaron juntas hasta la silla mecedora bajo el gran arce rojo del patio delantero y esperaron a que el día de pesadilla terminara.

Resultó que ese día de pesadilla fue sólo el principio. A los tres meses de perder la elegante mansión victoriana con sus torretas y pasadizos ocultos, perderían la caravana de doble ancho que sus padres habían alquilado en un terreno de maleza a las afueras de la ciudad. Mientras su madre se dedicaba a coser y a hacer de canguro para ganar el dinero que podía, y ellos cambiaban las clases de equitación y la última moda por sucia ropa usada del Ejército de Salvación, su padre se limitaba a sentarse en una silla de jardín frente a la caravana y a hacer... nada. Hasta dos días antes de Halloween, cuando por fin hizo algo: se bebió casi toda una botella de Wild Turkey, y luego se apuntó a la boca con el cañón del rifle de caza de su vecino y apretó el gatillo.

—La huida del cobarde, había gritado su madre cuando encontró su forma ensangrentada y sin rostro, ya plagada de hormigas e insectos más asquerosos cuando volvieron de la despensa con sus bolsas de queso del gobierno y sopas genéricas.

Sin los beneficios del seguro de vida, gracias a la exclusión por suicidio, no podían pagar la renta, y mucho menos permitirse el lujo de enterrar al hombre que les había llevado a este lugar. Se mudaron a un estrecho estudio con paredes delgadas y poca presión de agua, donde vivían gratis a cambio de que su madre hiciera de encargada del edificio. Los tres dormían en una sola habitación, a la que llamaban dormitorio a pesar de carecer de cama. Comían carne una vez a la semana, los miércoles, justo en el centro, y las niñas aprendieron a coser lo suficientemente bien como para convertir sus donaciones de la tienda de segunda mano en algo parecido a ropa de moda.

La mayor escribía todos los días en el diario blanco, hasta el día en que cumplió dieciocho años y se escapó con el que resultaría ser su primero de varios maridos, dejándolo en la cómoda que compartía con su hermana y su madre. Su hermana nunca abandonó el microscopio. Cuando se marchó a la universidad en Ohio con una beca, el microscopio estaba en el fondo de la única caja de cartón que se llevó, envuelto en un jersey que su madre había tejido.

1

Firetown, Pensilvania

El presente

Lunes, 4:30 a.m.

Jed Craybill miró al techo y esperó. Altas llamas anaranjadas lamían el cielo, reflejándose en la ventana de su habitación. Las llamaradas de gas silbaban tan fuerte como cualquier avión. Con cada silbido, las tablas del suelo temblaban y su cama se balanceaba hacia atrás hasta que el cabecero golpeaba la pared detrás de él.

Hacía meses que sabía que esa noche se avecinaba: una vez terminada la plataforma del pozo, comenzaba la quema controlada del gas de la superficie. Los fuegos arderían día y noche durante días, quizá más de una semana. Mientras tanto, el olor a metano llenaría el cielo como una nube baja y se filtraría por sus paredes.

La compañía de gas había estado ocupada desde el otoño, trabajando para crear una zona de perforación en el límite del terreno de su vecino. Primero fue el zumbido incesante de las motosierras, mientras derribaban los viejos nogales. Luego las astilladoras. Luego llegaron las excavadoras y, con ellas, las enormes luces para poder trabajar durante la noche, moviendo la tierra para poder nivelarla. Los camiones retumbaban a lo largo de la carretera, con cambios de marcha, portazos, voces fuertes llamándose unos a otros, a todas horas. Todos trabajando para este día.

Se alegró de que Marla no hubiera vivido para verlo. Siempre había tenido un sueño ligero. El menor ruido, incluso el viento en los árboles, solía despertarla. Hacia el final, el único respiro que había tenido era un sueño profundo.

Él era todo lo contrario. Ni siquiera las bengalas, con su ruido, su luz y su olor, le habrían quitado el sueño si hubiera sido capaz de dormirse en primer lugar. Pero tenía problemas más grandes que los de sus vecinos idiotas que dejaban que la compañía de gas violara sus tierras, y no podía tranquilizar su mente.

Se quedó tumbado y esperó a que el débil sol de abril se asomara por encima de las montañas y pintara el cielo de un color rosa apagado. Luego, se ducharía, se vestiría y se pondría en pie.

2

Tribunal del condado de Clear Brook

Springport, Pensilvania

Lunes por la mañana

El juez Paulson miró desde el estrado al abogado que se oponía a la moción de Sasha McCandless para exigir la presentación de pruebas.

—El Tribunal no tolerará este tipo de comportamiento en adelante, Sr. Showalter. Su cliente presentará los mensajes electrónicos que ha retenido antes de que finalice esta semana en formato digital o se enfrentará a sanciones monetarias por abusos en la presentación de pruebas. ¿Está claro?

Drew Showalter movió la cabeza, pero no miró a los ojos del juez. —Cristal, su señoría.

El juez se volvió hacia Sasha. —¿Algo más, señorita McCandless?

Ella miró su bloc de notas. Había hecho y ganado todos sus puntos. Pero no vio ninguna razón para desperdiciar una oportunidad. Se puso a su altura y dijo: —Su señoría, VitaMight solicita que este Tribunal le conceda los honorarios de sus abogados y los costes de la preparación y argumentación de esta moción.

Tal vez podría conseguir que el arrendador comercial de VitaMight pagara la factura de su trabajo de preparación, por no mencionar las más de siete horas de viaje de ida y vuelta que tendrían que pagarle por conducir hasta el norte de Pensilvania para argumentar la moción. VitaMight estaría impresionada.

El juez Paulson, sin embargo, no lo estaba.

—No seamos codiciosos, Sra. McCandless. Denegada. Hemos terminado, abogada.

Sin embargo, no hizo ningún movimiento para abandonar el estrado.

Showalter agachó la cabeza, se guardó su única carpeta bajo el brazo y se apresuró a pasar junto a Sasha, murmurando que le enviaría los archivos.

Sasha sonrió, saboreando su victoria, mientras volvía a meter sus carpetas y blocs de notas en su bolsa de cuero.

Se detuvo el tiempo suficiente para pensar que, tal vez, si Showalter hubiera dado tanta importancia a la preparación como aparentemente a viajar ligero, su argumento no habría sido tan ridículamente malo. Su afirmación de que su cliente, un fondo de inversión en propiedades comerciales con diversas participaciones, carecía de la capacidad de buscar sus correos electrónicos era una defensa bastante patética. Casi tan patética como la abrupta decisión de su cliente de rescindir el contrato de arrendamiento a largo plazo de VitaMight de un almacén de distribución sin razón aparente.

Y ese pensamiento poco caritativo, decidió más tarde, fue su perdición.

Si hubiera metido sus papeles en la bolsa y hubiera salido de la sala unos minutos antes, no habría estado en la mesa del abogado cuando el anciano de rostro rojizo entró arrastrando los pies por las amplias puertas de roble. Pero no lo había hecho, y estaba allí.

Así que, cuando él atravesó la barra que separaba la galería del pozo de la sala, ella tuvo la mala suerte de estar directamente en la línea de visión del juez Paulson.

—¡Harry, viejo bastardo! ¿Qué crees que estás haciendo? El anciano cruzó el pozo, agitando un puñado de papeles hacia el banco.

El oficial del sheriff, apoyado en la pared junto a la bandera americana, hizo un movimiento poco entusiasta hacia su pistola, pero el juez le hizo un gesto para que se retirara.

—¡Sr. Craybill! Retroceda. El juez Paulson se inclinó hacia delante y le advirtió, pero el viejo no se detuvo.

—No soy más incompetente que usted. ¿Quién es el responsable de esto?

El juez Paulson llamó la atención de Sasha y le hizo un gesto para que dejara de hablar.

—Señor Craybill, ¿tiene usted abogado?

—¿Qué?

—Un abogado que lo represente en su audiencia de incapacidad, Jed.

—Sabes muy bien que no puedo permitirme un abogado, inútil...

El juez Paulson habló por encima de la diatriba. —Sra. McCandless, felicitaciones. El tribunal la nombra abogada para representar al Sr. Craybill en la audiencia sobre la moción del condado para que se le declare incompetente y se le nombre un tutor que se encargue de sus asuntos.

Ella abrió la boca para protestar, y Craybill se dio la vuelta y la miró fijamente.

Se volvió hacia el banco y dijo: —¿Ella? No puede tener edad para ser abogada, por Dios, mírala.

Las mejillas de Sasha ardían, pero vio su oportunidad y la aprovechó.

—Su señoría, parece que el Sr. Craybill no está contento con el nombramiento. Y, francamente, su señoría, no tengo experiencia en derecho de la tercera edad. Eso, unido al hecho de que mi despacho está a casi cuatro horas de distancia en Pittsburgh, me lleva a rechazar lamentablemente su amable oferta.

—No es una oferta, Sra. McCandless. Es una orden. El viejo Jed entrará en razón. Puede que incluso pida perdón por haberla insultado. El juez la miró por encima de sus anteojos en forma de media luna.

Ella se controló antes de que se le escapara un suspiro. —Sí, señoría.

El juez se volvió hacia el anciano y dijo: —Ahora, dile a tu nueva abogada que lo sientes, Jed.

El hombre murmuró algo que pudo ser una disculpa, aunque Sasha estaba segura de haber oído «peso pluma» y «niña» en alguna parte.

Con cara de satisfacción, el honorable Harrison Paulson desplegó las piernas y se puso en pie hasta alcanzar su altura total de casi dos metros. Se dirigió hacia la puerta de su despacho.

—Su señoría, —dijo Sasha, mientras él se alejaba, —¿cuándo debo volver para la audiencia?

Supuso que podría obtener esa información de su nuevo cliente, pero esperaba que, si la vista estaba a menos de dos semanas, el juez le concediera un aplazamiento en ese mismo momento.

En lugar de eso, él consultó su reloj, se volvió hacia ella y dijo: —Dentro de una hora aproximadamente. Atravesó la puerta y desapareció en su despacho mientras ella luchaba por no quedarse con la boca abierta.

El nuevo cliente de Sasha se acomodó en la silla vacía de la mesa del abogado y arrojó la petición para que lo declararan incompetente en la mesa frente a ella, mientras Sasha se quedaba mirando el espacio que el juez acababa de dejar libre.

¿Una hora? ¿Cómo iba a prepararse para una vista de incapacitación en una hora? Sasha se enorgullecía de su compostura en la sala. Pero su comportamiento tranquilo se debía a que se preparaba demasiado. En el tipo de casos que llevaba, casi siempre ganaba el abogado de la parte que estaba más preparada. Así que su norma era preparar su caso hasta estar segura de que podía manejar todos los asuntos previsibles, responder a todas las preguntas que el juez pudiera hacer, y eliminar cualquier duda sobre los argumentos de su cliente, y luego prepararse un poco más. Una hora era apenas suficiente para leer y digerir la petición y las pruebas que la acompañaban. Comprobó el reloj. Eran cincuenta y nueve minutos.

Se sentó en la silla vacía y hojeó el párrafo inicial de la petición para encontrar la ley bajo la que actuaba el condado y luego introdujo la cita en su Blackberry. Ojeó el estatuto, leyendo tan rápido como se atrevió para entender lo esencial de la ley sin perderse en los detalles. Una vez que comprendió los requisitos que debía cumplir el condado para que Craybill fuera declarado incompetente y se le nombrara un tutor, apagó el teléfono y miró al hombre que estaba sentado a su lado.

—Vamos a comer algo y me pones al corriente de lo que pasa, dijo mientras recogía sus papeles y salía de la sala. Había salido de Pittsburgh antes de las cinco de la mañana y sólo tomaba café negro.

Craybill la miró. —No tenemos ningún sitio de comida sana en la ciudad.

—¿Qué tal una cafetería que sirva desayunos todo el día?

Logró una pequeña sonrisa, como si le costara recordar cómo sonreír. —Sí, tenemos una cafetería.

La siguió fuera de la sala.

3

La cafetería estaba situada al otro lado de la plaza del juzgado. Craybill la condujo a una desgastada cabina de piel sintética situada en el escaparate del edificio.

A través del cristal rayado, podía ver el sol de la mañana brillando en la estatua de la Dama de la Justicia que estaba en lo alto de la torre del reloj del juzgado. Entrecerró los ojos mirando las manecillas del reloj.

—Tenemos que estar de vuelta en el tribunal en cuarenta y cinco minutos. ¿Este lugar tiene servicio rápido?

Se encogió de hombros y miró a su alrededor. —¿Ves una multitud?

Eran los únicos clientes.

Apareció una camarera con un bolígrafo sobre su libreta de pedidos. La etiqueta de su camisa blanca decía «Marie». Murmuró un saludo y dijo: —¿Qué van a pedir?

Sasha miró la mesa. El dispensador de servilletas, el salero y el pimentero y una torre de plástico con paquetes de azúcar estaban alineados bajo el alféizar. No había menús.

—¿Tienen menús?

Marie suspiró y lanzó una perorata que no parecía gustarle. —No, cariño, me temo que no tenemos. Bob's Diner está a punto de tener nuevos propietarios. El Café on the Square está mandando a imprimir menús para destacar nuestra nueva cocina de origen local y de granja.

Craybill soltó una carcajada. Una mirada de Marie lo cortó en seco.

—Eh, de acuerdo, dijo Sasha y tomó un plato que supuso que todos los comedores de Estados Unidos servían. —Yo quiero una tortilla de feta y espinacas y una tostada de pan integral. Una guarnición de bacon.

Marie lo garabateó todo. Sasha se sintió como si acabara de aprobar un examen.

—¿Bebida?

—Café. Y un vaso de agua.

Marie dejó de escribir. —No quieres el agua, cariño.

—¿No la quiero?

—No, no la quieres. Nuestra agua de origen local es de color marrón y sabe a mierda.

Craybill se tragó otra risa.

—Oh. Entonces, supongo que no, aceptó Sasha. —Pero, ¿no se hace el café con esa agua también?

—Por supuesto que sí. Y también sabe a mierda, pero al menos se supone que es marrón. ¿Lo quieres?

Ella no tenía muchas opciones. Si no conseguía que fluyera más cafeína por su torrente sanguíneo, tendría un fuerte dolor de cabeza en una hora.

—Supongo que sí.

Craybill cacareó su decisión y luego le dijo a la camarera: —Yo quiero avena. Dígale a ese ebrio de su cocina que la haga con leche, ahora. ¿Me oyes? Y un jugo de naranja. Uno alto. Mi abogado paga.

Marie asintió con la cabeza. —¿Esta pequeñita es tu abogada, Jed? ¿A quién vas a demandar?

—Nada de eso, Marie. Sólo un malentendido, pero tenemos que comparecer ante el juez Paulson a las once, así que asegúrate de que nuestra comida salga rápido, ¿me oyes?

Marie guardó su libreta de pedidos en el bolsillo del delantal, se deslizó el bolígrafo detrás de la oreja y se dirigió a la cocina sin hacer ninguna promesa.

—¿Qué pasa con el agua? dijo Sasha a su cliente.

—¿Qué?

—El agua. ¿Por qué un lugar llamado condado de «Clear» Brook tiene agua marrón y de mal sabor?

Craybill frunció el ceño. —¿Vamos a hablar del agua o de esta mierda de demanda?

—Sí, de acuerdo.

Ella realmente quería saber sobre el agua. Cuando crecía, su padre y sus hermanos solían venir en coche desde Pittsburgh cada primavera para pescar en un lago a las afueras de la ciudad, mientras Sasha y su madre iban al ballet en Pittsburgh. Sus hermanos volvían a casa con neveras llenas de truchas y fotos de un agua tan azul que brillaba. Pero, su cliente tenía razón, no tenían tiempo. Necesitaba revisar la petición con él, sobre todo para poder juzgar por sí misma si creía que estaba mentalmente incapacitado, como afirmaba el departamento de servicios para la tercera edad del condado en sus documentos. Sasha sacó su cuaderno de notas y repasó los requisitos para declarar a una persona incapacitada.

—En primer lugar, ¿entiendes de qué trata esta demanda?

Craybill asintió: —Sí, esas ratas asquerosas de los Servicios de la Tercera Edad quieren meterme en una residencia. Golpeó con los nudillos el tablero de la mesa de formica para enfatizar.

Sasha se encogió de hombros. No estaba muy lejos.

—Bueno, la solicitud dice que vives solo y que no tienes herederos conocidos. ¿Es eso cierto?

—Sí, asintió él, mientras Marie regresaba y colocaba un vaso alto y duro de plástico con jugo de naranja en la mesa frente a él. Le siguió un platillo con una taza de café blanca y agrietada, de la que brotaba vapor.

Marie miró a Sasha. —No vas a beber ese café negro, cariño. Puso una jarra de crema al lado de la taza. —Ahora mismo vuelvo con tu comida.

Craybill bebió un largo trago de su jugo. Sasha contempló su café; parecía café. Lo levantó y lo olió con cautela. Olía a café. Echó una buena dosis de crema en la taza, por si acaso.

—Entonces, ¿ningún niño, ningún sobrino, nadie? dijo ella.

—Sí, confirmó él. —Mi esposa, Marla, murió el año pasado. Nunca tuvimos hijos. Mi hermano Abe, que en paz descansa, era, ya sabes, marica. Marla tiene una hermana, pero no se hablaban, por culpa de Abe. No sé si está viva o muerta o si tuvo hijos, pero en lo que a mí respecta, no es nadie para mí. No, sólo éramos Marla y yo.

Miró más allá de ella, por la ventana y sonrió para sí mismo. Sasha garabateó una nota.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —Se volvió hacia ella de repente, como si le hubiera asustado.

Ella trató de mantener la impaciencia fuera de su voz. —La hermana de Marla.

—Te lo acabo de decir. Ella no es nadie para mí. Si es que está viva. Era una arpía mezquina y de poca monta.

Sasha exhaló lentamente. —Mira, entiendo por qué tú y tu esposa cortaron el contacto con su hermana si ella tenía un problema con la orientación sexual de tu hermano. Pero, el condado está obligado a listar cualquier presunto heredero adulto conocido, y no la han listado. Ahora, ¿Marla excluyó a su hermana de su testamento?

—Sí. Eso es más o menos un secreto a voces por estos lugares.

—¿Asumo que ella no está nombrada en su testamento?

—Es cierto.

—De acuerdo, entonces, supongo que no necesito saber su nombre, estrictamente hablando, pero podría ser útil saber si está por ahí en alguna parte.

Ella le miró con calma, deseando que le dijera simplemente el nombre de su cuñada.

Él le devolvió la mirada.

Ella bebió un sorbo de su café. Estaba caliente y diluido en extremo, como solía ser el café de la cafetería, pero la crema ocultaba todo lo demás.

Volvió a golpear la mano contra la mesa. —Rebecca. Rebecca Plover.

Ella lo anotó.

—Genial. Gracias.

Marie estaba de vuelta, llevando un tazón de avena en una mano y la tortilla, las tostadas y el tocino en la otra. Sasha esperó a que cesara el ruido de los platos y pidió un poco de salsa picante.

Marie sacó una botellita del bolsillo de su delantal y se la entregó, y luego dejó la cuenta boca abajo en la mesa.

—Ustedes paguen cuando quieran, la verdad es que no quiero que lleguen tarde al juzgado.

Sasha la vio alejarse mientras Craybill se zampaba su avena.

Volvió a mirar el reloj. Quedaban veinticinco minutos para entrevistar a su cliente, comer y preparar algún tipo de argumento.

Se le revolvió el estómago. Había abogados que ejercían así. Ella no era uno de ellos.

Hasta hacía unos meses, había estado ejerciendo en Prescott & Talbott, uno de los bufetes más grandes, antiguos y prestigiosos del estado. Su experiencia era en litigios complejos. Empresas que se demandan entre sí por acuerdos rotos, empresas demandadas por accionistas o clientes. Casos grandes, sucios y complicados que tardaban años en llegar a juicio. Ella era buena en eso. Demonios, era genial en eso.

En cambio, no tenía ni idea de cómo representar a una persona supuestamente incapacitada en una vista en el Tribunal de Huérfanos. A decir verdad, prefería ir a la cocina y dar órdenes de desayuno. Lo cual ya era mucho decir, teniendo en cuenta que no sabía revolver un huevo.

Finge hasta que lo consigas, solía decirle su difunto mentor, Noah Peterson. Su muerte era una de las razones por las que había dejado el bufete y ahora estaba sentada en una mesa pegajosa de una cafetería en mal estado a cuatro horas de cualquier lugar.

Sacudió la cabeza. No hay tiempo para esto ahora. Apartó de su mente los pensamientos sobre Noah y Prescott & Talbott.

Craybill la observó, con una mancha de avena congelada pegada a su labio inferior.

Ella se limpió los labios con la servilleta de papel, pero él no captó la indirecta.

—Tienes un poco de, eh... avena, dijo ella, señalando su boca.

Él entrecerró los ojos y se limpió la boca.

—¿Y qué? ¿Un poco de avena en el labio? ¿Eso me convierte en una idiota babeante?

Ella resistió el impulso de masajearse las sienes y sonrió demasiado.

—Por supuesto que no. Pero me gustaría que me lo dijeras. Sigamos. La petición dice que justo después del primer día de este año, el Departamento de Servicios de la Tercera Edad recibió una denuncia anónima de que usted era incapaz de cuidar de sí mismo. ¿Tienes idea de a qué se debe?

Él frunció el ceño. Ella esperó mientras él repasaba los meses. Era principios de abril, así que habían pasado más de tres meses desde el informe.

—Bueno, dispara, dijo finalmente, —me caí de espaldas. No puedo decir con seguridad cuándo fue. Había nieve en el suelo. Estaba cortando leña y...

Ella le interrumpió. —¿Cortas tu propia leña?

—Sí.

Comprobó su dirección en la demanda. Carretera Rural 2, Firetown.

—¿No vives aquí en la ciudad?

—No. Tengo una casa en Firetown.

Lo dijo con una breve sílaba final: Firetin.

Sonaba remoto.

—¿Vives solo allí?

—Desde que Marla murió, sí.

—Bien, así que te caíste..., lo incitó ella.

—Ajá. Me distraje viendo cómo un camión rebotaba por la carretera que pasa junto a mi casa, un camión de agua que iba demasiado rápido para las condiciones. En fin, creo que me resbalé en un trozo de hielo. Me golpeé la cadera y me torcí la muñeca.

Tomó notas tan rápido como pudo, con su propio estilo abreviado. Se le había ocurrido en la facultad de Derecho y también le había servido en la práctica.

—Entonces, ¿buscaste tratamiento médico?

Él se encogió de hombros. —La verdad es que no. Se lo mencioné a la doctora Spangler cuando me la encontré en la gasolinera. Echó un vistazo rápido, junto a los surtidores, y dijo que probablemente era un esguince. Me vendé con una venda durante un tiempo y tomé Tylenol durante unos días, pero eso fue todo.

—¿La doctora Spangler es su médica personal?

Ella persiguió los últimos trozos de huevo alrededor de su plato con una tostada mientras él le explicaba.

—Es la única doctora de la ciudad. Supongo que eso la convierte en mi médica. Pero la última vez que fui a verla de verdad fue, no sé... hace cuatro o cinco años. Estoy sano como un caballo. Pero se ocupó de Marla.

Sasha miró sus notas. Estaba dispuesta a apostar que la doctora, como informadora obligatoria según la normativa estatal, se había sentido obligada a informar de la caída al Departamento de Servicios para la Tercera Edad. Servicios para la tercera edad. Qué nombre, pensó. Sonaba como si te ayudaran a envejecer.

Volvió a mirar la torre del reloj. Faltaban quince minutos para la hora del espectáculo y no sabía quién era su cliente, qué quería o si estaba completamente loco.

—Bien, el estatuto funciona de la siguiente manera: el abogado del Departamento de Servicios para la Tercera Edad explicará al juez Paulson por qué creen que usted no es competente para cuidarse a sí mismo. Ellos tienen la carga de la prueba. Ahora, ellos han pedido la tutela completa, lo que les daría el derecho de tomar decisiones sobre tus finanzas, tu salud, todo. La ley prefiere una tutela limitada, lo que significa que el juez puede nombrar a un tutor para que te ayude en cuestiones concretas, como el dinero, si cree que necesitas ayuda, pero no estás completamente incapacitado. ¿Estás conmigo?

Observó sus ojos, buscando comprensión, pero todo lo que vio fue ira. Y mucha.

—Escucha, chica. No quiero ninguna ayuda. Quiero que me dejen sola. Quiero morir en mi maldita casa cuando sea el momento. ¿Estás conmigo?

Sasha asintió. Sintió una oleada de compasión por el anciano, pero no iba a hacer ninguna promesa.

—Veremos qué podemos hacer, Sr. Craybill.

Puso un billete de veinte encima de la cuenta y comenzó a recoger sus documentos.

—Vamos.

Cinco minutos antes de la hora, Sasha y Jed se instalaron en la misma mesa de abogados que habían dejado libre una hora antes.

Técnicamente, Sasha debería haberse trasladado a la mesa del demandado, al otro lado de la sala, porque ya no representaba a la parte actora. El demandante (la parte que tiene la carga de la prueba) suele ocupar la mesa más cercana al estrado del jurado. Era una de esas formalidades de las que nadie hablaba a los jóvenes abogados hasta que la incumplían sin saberlo.

Pero Jed se había acomodado en la silla antes de que ella tuviera la oportunidad de explicarle la disposición de los asientos y, por lo que había visto, la práctica en Springport parecía ser informal. Por no hablar de que la ruptura del protocolo podría molestar al abogado de la parte contraria. Siempre es una ventaja.

La puerta del juzgado se abrió con facilidad, inundando la sala de luz y del sonido de la charla del pasillo. Un hombre delgado y bronceado, con una barba bien recortada, se deslizó por las puertas. Llevaba un traje azul marino y una corbata de rayas rojas y azules. Sus anteojos con montura de alambre le recordaban a un profesor, lo que Sasha supuso que era el efecto buscado.

Se detuvo junto a la mesa. Sus ojos pasaron de Jed a Sasha y luego volvieron a mirar.

—Señor Craybill, dijo, señalando con la cabeza al anciano.

Jed ignoró el saludo.

Sasha se puso de pie y extendió la mano. —Soy Sasha McCandless, la abogada de oficio del señor Craybill.

Le dio la mano en un rápido y firme apretón.

—Marty Braeburn, dijo. Luego frunció un poco el ceño. —No sabía que el juez Paulson había nombrado un abogado.

Sasha sonrió. —Me han nombrado esta mañana.

—Ah, asintió Braeburn. —¿Dónde has dicho que ejerces?

—No lo he hecho. Mi despacho está en Pittsburgh. Estuve ante el juez esta mañana por una moción de descubrimiento en otro caso.

—Pittsburgh, repitió Braeburn, hablando claramente para sí mismo.

Miró el reloj que había sobre el banco y dijo: —Tenemos unos minutos antes de que empiece la vista. Salgamos al vestíbulo, ¿de acuerdo?

Miró fijamente a Jed, que lo había mirado sin pestañear.

Sasha le susurró a Jed que escucharía lo que Braeburn tenía que decir y que volvería enseguida.

Él desvió la mirada del fiscal del condado a la de ella y asintió. —Pero nada de tratos, le susurró.

Braeburn mantuvo abierta la puerta que separaba el pozo de la galería. Al pasar junto a él, dijo con voz amable: “Por cierto, no quería avergonzarte delante de tu cliente, pero te has equivocado de mesa”.

Se permitió una pequeña sonrisa. El hecho de que Braeburn se hubiera molestado en mencionarlo era prueba de que le molestaba, y su tono le decía que había decidido que ella era inexperta e intrascendente. Justo como a ella le gustaba.

Una escena de alguna película de los Monty Python le vino a la mente. Había salido brevemente con un liquidador de seguros llamado Clay, ¿o tal vez era Ken? Lo que sea. Él era un gran fan de la comedia británica y actuó como si ella le hubiera dicho que no se bañaba con regularidad cuando le confesó que nunca había visto ninguno de los sketches de los Monty Python. Así que, por supuesto, se presentó en su apartamento con una pila de videos. La única parte que se le había quedado grabada era el sketch del Conejo Asesino de Caerbannog, en el que los caballeros estaban aterrorizados por un monstruo despiadado que custodiaba una cueva; se había quedado dormida durante el DVD y se había despertado para ver cómo los caballeros descartaban a la criatura como amenaza porque resultaba ser un conejo. El conejo atacó y decapitó a uno de ellos, y luego mató a otros dos caballeros. Todavía no entendía cómo los sketches eran remotamente divertidos, y el ajustador de seguros anglófilo apenas era un recuerdo. Pero, de vez en cuando, ya sea en el juzgado o durante una sesión de Krav Maga, se veía a sí misma como ese conejito. Una conejita feroz y asesina.

En el pasillo, Braeburn la condujo hasta la pared del fondo y se apoyó en una gran ventana rectangular con un arco superior. El alféizar lucía sucio, pero la ventana en sí era sólida. Sasha habría apostado que era original del edificio.

Braeburn agachó la cabeza y habló en voz baja, apenas por encima de un susurro. —No estoy seguro de cómo se manejan estas audiencias en el condado de Allegheny, pero su papel aquí es más o menos una formalidad, para guardar las apariencias.

Sasha levantó una ceja. —Ah, ¿sí?

Se apresuró a añadir: “Verás, al juez Paulson le gusta estar impecable. Puede que no te des cuenta, pero el estatuto no obliga a nombrar un abogado para la persona incapacitada. Eso se deja a la discreción del tribunal. Y, realmente, no suele ser necesario”.

—Presunta persona incapacitada.

—¿Perdón?

—Acaba de referirse a mi cliente como la persona incapacitada. Eso no se ha determinado. Usted lo ha alegado.

Ella le sonrió y se preguntó si él veía sus afilados dientes de conejo como lo que eran. Probablemente todavía no. Pero lo haría.

Braeburn empezó a fruncir el ceño, pero se recompuso y suavizó su expresión hasta convertirla en algo neutral, aunque no precisamente agradable.

—Mira, eso es lo que estoy diciendo. En este condado no es habitual que una audiencia de incapacidad sea contradictoria, señora McCandless. Nuestros abogados de oficio suelen entender que el Departamento de Servicios para la Tercera Edad siempre tiene muy presente el interés superior de la persona supuestamente incapacitada. Reconocen que estas personas son los expertos. Si se oponen a esta demanda, no le harán ningún favor al Sr. Craybill. Es un anciano enfermo que necesita ayuda.

Sasha consideró su respuesta. Braeburn le hizo saber que los abogados locales (y no debían de ser muchos) se ponían al servicio de los demás en esas audiencias. Podía ver cómo ese tipo de rasguños en la espalda podía arraigar en una comunidad con un Colegio de Abogados pequeño.

Pittsburgh, en cambio, tenía un Colegio de Abogados grande y activo. De hecho, el condado de Allegheny tenía una de las mayores concentraciones de abogados per cápita del país; el Colegio de Abogados se acercaba a los diez mil abogados en ejercicio. Principalmente, porque Pittsburgh era el tipo de ciudad a la que los recién llegados se trasladaban con gusto, pero a los nativos había que arrastrarlos a patadas y gritos para que se fueran. Ella era un ejemplo de ello.

Ningún abogado de Pittsburgh se atrevería a hacer lo que Braeburn proponía, a no ser que fuera un tonto. Incluso si un abogado se sentía inclinado a hacerlo, la competencia por los clientes era tan feroz y el riesgo de que otro abogado se enterara de la situación y presentara una queja ante el Colegio de Abogados era demasiado grande.

Puede que Braeburn no lo supiera, pero el juez Paulson tuvo que darse cuenta de que Sasha no estaría dispuesta a jugar a la pelota cuando la nombró. Sí, ella había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero Sasha estaba segura de que una llamada del único juez del condado habría hecho que cualquiera de los abogados locales volara al juzgado para aceptar el caso de Jed. Tenía que creer que el juez la había nombrado abogada precisamente porque era una forastera.

Braeburn la miró fijamente, esperando.

Sasha suspiró. A fin de cuentas, no importaba lo que el juez Paulson supiera o creyera saber sobre ella cuando le ordenó que representara al viejo enfadado que irrumpía en su sala. Ella era quien era. No lo había cambiado por uno de los bufetes de abogados más grandes y prestigiosos de Pittsburgh y, desde luego, no iba a cambiarlo por un procurador del condado a tiempo parcial.

—Sí, de hecho, lo mejor para el Sr. Craybill es que se le nombre un tutor, entonces estoy segura de que no tendrá ningún problema para cumplir con la carga de la prueba en esa cuestión. Si los expertos del Departamento de Servicios para la Tercera Edad pueden convencer al tribunal de que Jed Craybill está incapacitado, no importará mucho que me oponga a su petición, ¿verdad?, dijo.

—Pero... ¿no vas a dar tu consentimiento? La voz de Braeburn se quebró.

—No, Sr. Braeburn, —dijo ella con la mayor uniformidad posible, —va a tener que exponer su caso.

Pasó por delante de él y volvió a entrar en la sala.

El oficial del sheriff, que tenía los ojos dormidos, había vuelto a su puesto junto a la bandera, por lo que ella sabía que el juez Paulson no tardaría en hacer su entrada.

Se apresuró a ir a la mesa y le dio a Jed un apretón tranquilizador en el brazo mientras tomaba asiento. Una vez acomodada, se inclinó y susurró: —Quería que consintiéramos el nombramiento de un tutor para que no tuvieran que presentar su caso. O hay muchos tratos de trastienda por aquí o le preocupa no poder cumplir con su carga.

Jed asintió. —Probablemente ambas cosas.

La puerta del pasillo se abrió y Braeburn entró trotando por el pasillo. Sasha se alegró al notar que sus mejillas estaban ruborizadas por la ira o la vergüenza. Esperaba que de ambas cosas.

Braeburn la miró. Se dio cuenta de que estaba sopesando si forzar la situación y hacerla cambiar de mesa. Ella tenía la esperanza de que lo hiciera, pero él se quedó parado durante un minuto y luego dejó caer sus expedientes sobre la mesa del acusado. Tomó asiento justo a tiempo para salir de él cuando se abrió la puerta del despacho y el juez Paulson entró en su sala.

—Todos de pie. Preside el Honorable Harrison W. Paulson.

Normalmente, una sala de justicia se convertía en un escenario después de que el oficial abriera el tribunal. En la mayoría de las salas, en la mayoría de los casos, el juez y los abogados eran actores. Todos conocían sus líneas y las de los demás, y no había sorpresas. A menos que alguien se desviara del guión. Pero incluso en ese caso (por ejemplo, si un testigo se pone nervioso y empieza a balbucear algo distinto a las respuestas que el abogado ha ensayado con él o si un perito se retracta de repente de su opinión allí mismo, en pleno tribunal) un abogado decente puede hacer un control de daños. Puede hacer una pregunta suave para que el testigo vuelva a la pista o introducir un documento para reforzar la opinión. Lo que sea. Sin embargo, esta audiencia iba a ser más una noche de improvisación que un espectáculo bien ensayado.

Braeburn no perdió el tiempo y desbarató el proceso. En cuanto el juez leyó el título en el acta, antes de que pudiera pedir a Braeburn que presentara su caso, el abogado del condado se inclinó hacia delante, con la mano sujetando su corbata contra el pecho, y se aclaró la garganta.

—Si me permite, su señoría... El Departamento de Servicios para la Tercera Edad acaba de informarse de que el señor Craybill no va a prestar su consentimiento. A la luz de esta maniobra de última hora.... Hizo una pausa aquí para lanzar una mirada a Sasha, y luego continuó: “El condado solicita respetuosamente un aplazamiento para preparar su caso”.

El juez frunció el ceño hacia Braeburn. Se volvió hacia Sasha, pero mantuvo el ceño fruncido.

—Sra. McCandless, ¿qué tiene para decir en su defensa?

Sasha parpadeó. ¿Iba en serio este tipo?

El juez movió la barbilla, apenas un movimiento de cabeza, haciendo un gesto hacia el reportero del tribunal, como si dijera, vamos, ahora, sigue la corriente para que conste.

Ella buscó en su cerebro una respuesta no sarcástica.

—Bueno, su señoría, es cierto que el señor Craybill no consiente que se le nombre un tutor. En cuanto a las dramáticas afirmaciones del abogado sobre la maniobra, no sé qué decir. Es su demanda. No debería haberla presentado hasta que estuviese preparado para que la escuchasen.

Decidió no mencionar que llevaba toda una mañana representando a su cliente, como bien sabía el tribunal, y que no podía haber avisado antes. A los jueces no les gustaba que se ensuciara el expediente con hechos que les hicieran quedar mal.

El juez Paulson la miró sin expresión alguna. —¿Algo más? pensó Sasha.

Y entonces se dio cuenta. —En realidad, sí, su señoría. Incluso si el Sr. Craybill diera su consentimiento, que, de nuevo, para ser claros, no lo hace, pero si lo hiciese, ese consentimiento no podría ser válido. Si es incompetente a los ojos de la ley, entonces, sin duda, no es competente para consentir.

El juez sonrió y dijo: “Es un punto interesante, señora McCandless. Tengo que estar de acuerdo. Hace que uno se detenga y se pregunte en qué están pensando los abogados que piden a sus clientes que consientan en una declaración de incompetencia, ¿no es así, señor Braeburn?”

El rostro de Braeburn se tensó. Sasha vio cómo le latía el pulso en el cuello. Las cejas del juez Paulson subieron por su frente mientras esperaba.

Braeburn se alisó la corbata. Levantó su bolígrafo, para luego dejarlo donde estaba. Finalmente, dijo: “Señoría, no conozco ninguna jurisprudencia que sostenga que una tutela consentida sea inválida a primera vista”.

Salsa débil, pensó Sasha. A juzgar por el bufido que soltó Jed y por la expresión de la cara del juez, no era la única.

El juez Paulson negó con la cabeza. —Eso no es especialmente convincente, Sr. Braeburn; ni tampoco es especialmente persuasivo. En cualquier caso, su petición es denegada. Comencemos, ¿de acuerdo?

Braeburn miró alrededor de la sala, pero no encontró ayuda en la galería vacía. Enderezó los hombros y dijo: “Respetuosamente, su señoría, el Departamento de Servicios para la Tercera Edad cree que su petición establece los fundamentos para declarar al señor Craybill incapacitado y nombrarle un tutor”.

Braeburn miró al juez, expectante y ansioso. El juez le devolvió la mirada durante un largo instante.

—¿Y?

—¿Su señoría? —preguntó Braeburn, parpadeando.

El juez Paulson suspiró. —Marty, es evidente que el condado cree que el señor Craybill necesita que se le nombre un tutor. ¿Qué tal si me dices en qué se basa esa opinión?

Braeburn tartamudeó. —Respetuosamente, juez, la petición... bueno, habla por sí misma.

Sasha puso los ojos en blanco. A los abogados les encantaba decir que los documentos hablaban por sí mismos. Era una afirmación sin sentido. Lo que querían decir era que un documento escrito era la mejor prueba de su propio contenido, pero eso también era un argumento bastante insignificante.

Las cejas del juez Paulson se juntaron en una uve enfadada. —Abogado, ¿me está diciendo que no está dispuesto a presentar nada como prueba? ¿Quiere basarse únicamente en el contenido de su petición para presentar su caso? ¿Sin testigos?

Braeburn no pudo evitar que su propia irritación se reflejara en su respuesta. —Su señoría, sabe que la gente del Departamento de Servicios para la Tercera Edad está muy ocupada estos días. No podría, en conciencia, pedirle a una trabajadora social que quemara una tarde sentada en el tribunal cuando es tan evidente que el señor Craybill necesita que se le nombre un tutor.

Jed empezó a levantarse de su asiento. Sasha lo empujó firmemente con una mano y se puso de pie.

—Su señoría, el Sr. Craybill solicita que esta petición sea denegada con perjuicio. Esto es una barbaridad. Este tribunal no puede conceder la petición sin dar al Sr. Craybill la oportunidad de interrogar a un representante de la agencia del condado. ¿Y dónde está el tutor propuesto? Sasha buscó el nombre en sus papeles. —¿La Dra. Spangler también estaba demasiado ocupada para perder el tiempo en el tribunal?

—Buena pregunta, abogado, dijo el juez, asintiendo. —¿Sr. Braeburn?

Braeburn tartamudeó. —Su señoría, por favor. Anticipamos que el señor Craybill daría su consentimiento...

El juez Paulson se rió. —Vamos, Marty. Si realmente creías que el viejo Jed consentiría en esto, tenemos que nombrar un tutor para ti.

Su sonrisa se desvaneció y se inclinó hacia delante para captar la atención del reportero del tribunal. No necesitó decir nada; ella asintió para hacerle saber que editaría el comentario en el acta.

Sasha había perdido la cuenta de cuántas veces había pedido una transcripción en un juzgado estatal para encontrarse con que el acta oficial del proceso no tenía más que un ligero parecido con lo que había ocurrido en realidad.

Braeburn enderezó sus hombros caídos e intentó un ángulo más. —El condado llama a Jed Craybill.

Sasha salió disparada de su asiento. —Objeción. El condado no puede obligar a mi cliente a declarar.

El juez levantó una ceja como si le preguntara si estaba segura. Por supuesto, ella no estaba segura. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Pero sí sabía que no iba a poner a su cliente en el estrado para que fuera interrogado por el abogado de la parte contraria. Especialmente este cliente. No tenía ni idea de lo que diría Jed, aparte de que contaría con muchas palabrotas. No podía permitirlo.

Mientras ella reunía sus pensamientos, Braeburn continuó. —Señoría, dijo, —esa es una objeción sin fundamento. Esto no es un asunto criminal. El señor Craybill no tiene el derecho de la Quinta Enmienda contra la autoincriminación aquí.

El juez asintió.

Sasha vio su oportunidad y la aprovechó, imaginando que tenía el cuello de Braeburn en su boca de conejita y que lo sacudía de un lado a otro como un muñeco de trapo.

—En primer lugar, el señor Craybill no ha invocado la Quinta Enmienda. Pero, observo que probablemente podría hacerlo. Existe un amplio precedente en Pensilvania para invocar en un caso civil cuando el testigo se enfrenta a cargos penales. Por ejemplo, en *McManion's Gemtique v. Diamond Dealers, Inc.*, un mayorista de joyas fue demandado por un minorista por vender rubíes falsificados. Un empleado del mayorista que había participado en la conspiración criminal invocó su privilegio de la Quinta Enmienda contra la autoincriminación en una demanda civil presentada por la joyería.

Incluso ahora, cuatro años después, a Sasha le quemaba que el tribunal hubiera acordado que el empleado corrupto no tuviera que declarar, lo que había hecho que su cliente, la joyería, aceptara una oferta de acuerdo a la baja, porque el propietario temía no poder probar su caso sin el testimonio. Pero, los derechos del acusado habían triunfado sobre el derecho del propietario de un pequeño negocio a ser compensado por los cientos de miles de dólares que había gastado en rubíes de pasta roja.

Braeburn replicó.

—Eso es tan cierto como irrelevante, su señoría. El Sr. Craybill no se enfrenta, al menos que yo sepa, a cargos penales. ¿Hay algo que la Sra. McCandless quiera compartir con nosotros?

Braeburn la miró y sonrió.

—No, señoría, por lo que sé, el señor Craybill no se enfrenta a cargos penales. Se enfrenta a algo mucho peor. Aquí tenemos a un ciudadano honrado y respetuoso de la ley que ha trabajado duro toda su vida. Y ahora, simplemente porque es mayor, el condado amenaza con quitarle la libertad, ¿por cuál crimen exactamente? ¿Envejecer?

El juez Paulson asintió a medias. Sasha imaginó que estaba pensando que Jed Craybill tenía, como mucho, cinco años más que él.

Braeburn abrió la boca, pero Sasha le pasó por encima.

—Y..., —continuó, —si no llamo al señor Craybill, cosa que no pienso hacer, el condado no tiene derecho a interrogarlo. Tienen que ser capaces de presentar su caso sin él. Si no pueden, el tribunal debería desestimar la petición.

La boca de Braeburn volvió a abrirse.

Esta vez, el juez lo silenció con la palma de la mano.

—Me inclino a estar de acuerdo con la señora McCandless. Sin embargo, antes de fallar, me gustaría ver los informes sobre la cuestión, así como sobre la cuestión de si una persona supuestamente incapacitada puede ser considerada competente para consentir el nombramiento de un tutor.

El juez sacó un iPhone de un bolsillo de su toga y pasó la pantalla.

—Veamos. Querremos resolver esto antes de que la temporada de truchas esté en pleno apogeo, ¿eh, señor Craybill? Miró al cliente de Sasha con un atisbo de sonrisa. —Entonces, tengamos los escritos contemporáneamente en dos semanas. Sin respuestas. Argumento dentro de un mes, a las 10:00 a.m. Sr. Braeburn, está avisado de que tiene que presentarse preparado para presentar su caso.

—Sí, juez, dijo Braeburn, con la cabeza gacha mientras garabateaba las fechas en su agenda.

Sasha sacó su Blackberry y tecleó los plazos. Luego los escribió en su bloc de notas. Su sistema de calendarios con cinturón y tirantes les daba cierta comodidad tanto a ella como a su proveedor de mala praxis.

El juez se puso en pie. —Cuando salga, Sra. McCandless, pase por el despacho del administrador judicial en la primera planta. Querrá conseguir el papeleo para poder facturar al condado por su tiempo. Veinte dólares por hora, por cierto. No te lo gastes todo en el mismo sitio. Se rió y salió de la sala.

Sasha hizo su maleta mientras Jed se quejaba de ella.

—Subiré al estrado. No tengo miedo de Marty Braeburn. Es un imbécil cobarde si alguna vez vi uno. Tengo derecho a decir...

Sasha le hizo callar mientras el abogado de cuello de lápiz se acercaba. —Hablaemos de ello más tarde, señor Craybill.

Braeburn la miró con el ceño fruncido. —Qué desperdicio de recursos ha provocado, señorita McCandless. Tal vez se tome este tiempo para reconsiderar.

Jed empezó a empujarse para levantarse de su asiento. Sasha le puso una mano en el brazo.

—Tal vez, pero yo no contaría con ello. Le dedicó al abogado del condado su sonrisa más solemne para hacerle saber que su regañina no tenía ningún efecto sobre ella y volvió a hacer la maleta hasta que él captó la indirecta y se marchó.

Harry se asomó a la ventana y observó a la aguerrida abogada de Pittsburgh cruzar la plaza. Se movía a buen ritmo, pensó. Probablemente quería volver a la ciudad antes de que el tráfico de la hora punta empezara a atascar las carreteras.

Se felicitó por su astucia mientras se despojaba de su toga judicial negra, se sacudía las arrugas y la colgaba en el perchero de la esquina de su despacho. Le encantaba que un plan saliera bien.

Y éste había salido sin problemas. Tan pronto como la moción para obligar a que se descubra la información pasó por su mesa, Harry se puso en marcha. Había llamado a algunos jueces y abogados que conocía en el condado de Allegheny y había recibido un informe unánime: era una persona muy directa y también muy lista. Se dijo a sí mismo que ella sería capaz de resolver el asunto y que haría lo correcto.

Entonces, sólo había sido cuestión de programar la moción de descubrimiento para el mismo día que la audiencia de competencia del viejo Jed y rezar para que el cliente imbécil de Showalter no hiciera lo correcto y entregara los correos electrónicos antes de la fecha de la audiencia.

Que Jed apareciera, echando espuma por la boca, había sido un golpe de suerte. Le había ahorrado a Harry la molestia de llamar a Sasha al despacho e inventar una excusa para designarla como abogada de Jed después de que se oyera la petición de presentación de pruebas.

Su espalda desapareció al doblar la esquina.

Debió de seguir las señales del aparcamiento municipal cuando llegó a la ciudad, pensó Harry. El aparcamiento municipal, con sus dos dólares al día, parecía una ganga para los forasteros. En

realidad, no era más que un atraco al dinero. Una reliquia del pasado, de antes de que Springport se diera cuenta de que sus ríos corrían con oro. El ayuntamiento había erigido el aparcamiento en un esfuerzo por sacar algo de dinero a los forasteros que no se daban cuenta de que había un amplio aparcamiento gratuito de día y de noche en el centro de la pequeña ciudad.

Cuando se construyó el aparcamiento, a Harry le pareció un ejemplo de cinismo y codicia. Ahora le parecía francamente pintoresco e inocente, dados los cambios en la ciudad.

Los cambios. Pensar en los cambios de la ciudad hizo que a Harry se le revoliera el estómago. O simplemente tenía hambre.

Tomó su sombrero de fieltro del perchero y se encogió de hombros dentro de su chaqueta de tweed. Salió a comer un trozo de pastel de nueces en la cafetería, hecho por la mujer de Bob. Más valía que lo disfrutara mientras pudiera. Pensó que las sanguijuelas hambrientas de dinero que habían arrinconado a Bob contra la pared y luego le habían comprado la cafetería probablemente sustituirían la tarta por un gelato de caramelo salado o alguna tontería parecida.

Apagó la lámpara de su escritorio y atravesó la puerta del despacho de su secretaria. Gloria levantó la vista de su crucigrama.

—Juez, asintió.

—Me voy a Bob's, le dijo. —¿Puedo traerle un trozo de tarta? ¿O un pastelillo? —El gusto por lo dulce de Gloria era un secreto a voces—.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero se resistió. —No, gracias, señorita. Oh, eh... ha vuelto a llamar.

Harry vio cómo las visiones de una ciruela de azúcar, o más bien de dos pasteles de chocolate con relleno de vainilla, se desvanecían de su mente, sustituidas por una desagradable preocupación.

Le dio una palmadita en el brazo. —No te preocupes por ellos, Gloria. Lo tengo cubierto.

Ella murmuró algo alentador, pero él podía sentir sus ojos, inciertos y ansiosos, siguiéndolo mientras se dirigía a por su pastel.

4

Sasha se apresuró a llegar a su automóvil, impulsada por la frustración y la ansiedad a partes iguales.

Frustración porque había quemado la mayor parte del día representando a un anciano malhumorado. Y en lugar de ser una cita única, ahora parecía que tenía una relación continua con su nuevo cliente. Le había dado a Jed una tarjeta de visita y había intentado conseguir un número de teléfono a cambio. Él dijo que no tenía teléfono. Ni teléfono fijo, ni móvil, ni dirección de correo electrónico del viejo Jed. Así que no sólo tendría que volver para otra audiencia, sino que tendría que volver a conducir hasta aquí para reunirse con Jed si quería hacer algún tipo de preparación.

Ansiosa porque recién se había puesto al día. Los primeros meses después de dejar Prescott & Talbott, había hecho todo lo que había sacrificado en su búsqueda de la asociación. Dormía hasta tarde, se tomaba los fines de semana largos y dejaba la oficina a mediodía para ir a esquiar a Seven Springs. Había ayudado en la fiesta de San Valentín de la clase de preescolar de su sobrina menor. Se había reencontrado con amigas a las que, literalmente, no había visto en años. Y se había lanzado de cabeza a su nueva relación con Leo Connelly. Había sido un descanso glorioso. Pero se había acabado.

Ahora tenía una gran cantidad de asuntos que requerían su atención. Como empresa unipersonal, no podía permitirse el lujo de desviar su tiempo de sus clientes corporativos para investigar puntos esotéricos del derecho de la tercera edad sólo para satisfacer la curiosidad de algún juez. Y menos por la mísera suma de veinte dólares la hora, no mientras clientes como VitaMight le pagaban tres cincuenta por hora.

Lo que necesitaba era un abogado junior de ojos brillantes y ansioso por complacer. Alguien que viera un viaje a Springport como una aventura, no como una gran pérdida de tiempo. Alguien a quien pudiera dirigirse y decir: —Necesito que encuentres un caso que sostenga que una persona supuestamente incapacitada no es capaz de dar su consentimiento informado para el nombramiento de un tutor. Pero lo que tenía era Winston, un asistente virtual que compilaba sus facturas y las enviaba a los clientes desde algún lugar de Nepal mientras ella dormía. Parecía poco probable que fuera de gran ayuda en esta situación.

Le encantaría entregar el caso a alguien local, como Drew Showalter. Se había encontrado con Showalter en la oficina del administrador del juzgado, mientras le indicaban que rellenara el formulario por triplicado y que no facturara el tiempo de viaje.

Se había interesado abiertamente por el procedimiento de incapacitación, preguntándole cómo había sido designada, cuándo era la próxima vista y si volvería a la ciudad antes de eso. No le había dado la impresión de que estuviera coqueteando con ella, así que supuso que quería saber cómo ampliar su práctica en el Tribunal de Huérfanos. Le había dicho que intentara salir del juzgado más despacio, pero le hubiera gustado poder entregarle el expediente.

Suspiró y metió la mano en el bolso para sacar el ticket de aparcamiento mientras se acercaba al aparcamiento municipal. El sol había desaparecido detrás de un nubarrón y el aire se había vuelto fresco. No era el tipo de día que se prestaba a holgazanear al aire libre, por lo que le llamó la atención el grupo de personas que había cerca de su coche, aparcado en el borde del aparcamiento adyacente a un pequeño parque.

Al acercarse, se dio cuenta de que no estaban pasando el rato sin un propósito; estaban tramando algo. Un apretado nudo formado por dos tipos de cabello largo que agitaban carteles y dos mujeres con trenzas colgando de la espalda y faldas vaporosas bordeaba el límite del parque adyacente y coreaba algo sobre la gasolina. Otros dos hombres estaban agazapados junto a la parte delantera de su coche. Vio un destello de plata en la mano del hombre más pequeño.

—¡Oye!, gritó, caminando más rápido. —¡Aléjate de mi coche!

El más pequeño arrancó y se volvió hacia ella.

—¡Golfa corporativa!, gritó una de las mujeres desde la periferia del parque.

Ella no se volvió hacia la voz; mantuvo la mirada en los dos hombres que estaban más cerca.

El más alto se levantó y tiró de su amigo para que se pusiera en pie. El más bajo dobló su espada y la metió en el bolsillo.

El grupo se estaba separando. Las mujeres y dos de los hombres se alejaban hacia la derecha, dirigiéndose al parque. Al parecer, no estaban interesados en reunirse con sus amigos.

Dos era mejor que seis.

Krav Maga enseñó la mejor respuesta a un ataque amenazado fue la prevención o la evitación. Demasiado tarde para eso. La siguiente mejor respuesta era escapar o evadir. Sólo si eso falló ella se quedaría y lucharía. Y si luchaba, lo haría para ganar, algo que no le gustaba. Especialmente no con un vestido ajustado y tacones, en una ciudad pequeña y extraña, contra seis personas. Dos tipos eran más manejables.

Pero lo mejor sería subir a su coche y salir de la ciudad.

Apuntó el mando a distancia a la puerta y pulsó el botón. El coche emitió un pitido. Y entonces se congeló.

Neumático partido de la rueda delantera izquierda le llamó la atención.

Se apresuró a ir a la parte delantera del coche y se agachó junto a la puerta para inspeccionar su neumático. Estaba rajada. Se giró y miró por encima del hombro. El neumático trasero estaba en las mismas condiciones.

—¿Y ahora qué, perra? —El tipo más alto se rió y le lanzó un puñado de grava mientras ella se levantaba. Golpeó el capó del vehículo y cayó al suelo en forma de lluvia. Su amigo se quedó parado, congelado, con los brazos a los lados—.

Sasha esperó a que el tipo alto se agachara a por otro puñado de piedras y se puso en marcha. Abrió la puerta del conductor, se lanzó al asiento, cerró la puerta de golpe y echó la llave.

No tenía ni idea de si Springport contaba con una central de emergencias, pero sacó su teléfono móvil y tecleó los números de todos modos, inclinando el espejo retrovisor para poder mantener la vista en los manifestantes o lo que fuera.

—Nueve-uno-uno. ¿Cuál es su emergencia? Una voz masculina, nítida y alerta, le llegó al oído.

—Estoy en Springport. En el aparcamiento municipal. Un grupo de, no sé, activistas está aquí. Me han rajado las ruedas. La mayoría ha huido, pero hay dos hombres. Uno está lanzando piedras.

—Señora, el municipio de Springport no tiene un departamento de policía local. Esa zona es atendida por la Policía Estatal de Dogwood. Necesito contactar con su despacho. Por favor, espere. El teléfono chasqueó en su oído mientras la ponía en espera.

Sasha apretó los dientes. El conjunto de condados, municipios y ciudades del Estado de Pensilvania era un complejo entramado de cosas. La eficiencia no era una de ellas.

Date prisa, pensó, mientras sonaba el teléfono. Una vez. Dos veces.

Los hippies se habían acercado a la parte delantera de su coche y la miraban fijamente a través del parabrisas.

Ella les devolvió la mirada.

Dos hombres blancos, de poco más de veinte años, tal vez de veinticinco como máximo. El más alto estaba a la izquierda. Medía más de un metro ochenta, pero era muy delgado. Cabello castaño claro, largo, recogido en una coleta baja. Esos pendientes gigantes que parecían tapones negros en ambas orejas. Tenía los pies plantados en una postura amplia y había adquirido una gruesa rama de árbol del parque.

Su amigo era más bajo, más corpulento y más hormigueante. Su cabello oscuro se encrespaba alrededor de su cabeza en una nube y sus ojos marrones pasaban de la rama en la mano de su compañero a Sasha y viceversa. Se movía de un lado a otro con un pequeño salto.

Suena tres veces... Cuatro.

El tipo alto golpeó la rama contra su mano.

—Vamos, dijo Sasha en voz alta. —Contesta el teléfono.
Cinco.

—Estación Dogwood. Una voz de mujer esta vez, sobrecargada, sin interés.

—Sí. Me están atacando en el aparcamiento municipal de Springport. Por favor, envíe a alguien. Estoy en el Passat gris oscuro en la esquina más alejada del estacionamiento. Mis neumáticos están pinchados. Dos hombres están...

—Señora. Señora, la interrumpió la mujer, que ya no se aburría, con una voz llena de preocupación. Sasha oyó el ruido de las llaves. —La unidad más cercana se encuentra en estos momentos en las afueras de Firetown, a unos 25 minutos de su ubicación. Tengo que ponerla en espera ahora y llamar por radio al coche. La línea quedó en silencio.

En un minuto, el despachador estaba de vuelta. —El oficial Maxwell está en camino. ¿Cuál es su nombre, señora?

—Sasha McCandless. Soy... no soy lugareña.

Estuvo a punto de identificarse como oficial de la corte, pero lo pensó mejor. Nunca sabía cómo reaccionaría alguien ante un abogado. Una persona que ha tenido un divorcio desagradable o que ha sido condenada a pagar una indemnización por daños y perjuicios tras un accidente de tráfico puede guardar rencor a toda la profesión. Después de oír a su médico de cabecera despotricar contra los abogados especializados en negligencias médicas durante su examen anual un año, Sasha se había propuesto mencionar siempre al Dr. Alexander que ella no hacía ningún trabajo de negligencia médica.

—Bien, ahora, Sasha, mantente firme hasta que llegue el oficial. No salgas del vehículo.

—No te preocupes, dijo Sasha. Ella no tenía planes de salir del coche.

Cuando la llamada terminó, la rama del árbol se estrelló contra su parabrisas.

Sasha se estremeció y se preparó, pero el cristal aguantó.

El tipo alto retrocedió para dar otro golpe. Su amigo le tomó el brazo a mitad del movimiento.

—Jay, vamos, salgamos de aquí. Esto no es pacífico. Seguía saltando de un pie a otro, pero se aferró al brazo del tipo alto. Su voz era tensa y lo suficientemente fuerte como para oírla desde el interior del coche.

Jay trató de quitárselo de encima.

—Amigo, le gritó Jay al tipo más pequeño, —tenemos que defender a la Madre Tierra.

Su amigo negó con la cabeza. —No, amigo, estoy fuera. Soltó el brazo de Jay y se marchó hacia el parque, levantando grava a su paso.

Jay lo vio irse y luego se volvió hacia Sasha.

Levantó la rama del árbol y volvió a estrellarla contra el parabrisas. Tenía los labios apretados, como los de un lobo, y sus ojos no se apartaban de los de Sasha.

El palo rebotó en el cristal y una red de grietas se extendió frente a Sasha. El siguiente golpe terminaría el trabajo.

Sasha comprobó el espejo retrovisor. No había nadie más a la vista.

Miró a Jay a través del patrón de grietas y calculó sus opciones, ignorando el dolor en la parte posterior de su cabeza. Podía encender el motor y ver hasta dónde llegaba con dos, probablemente cuatro, ruedas pinchadas. Pero él podría dar el último golpe primero.

Sasha suspiró.

Colocó su teléfono en la consola central, desbloqueó la puerta y salió.

Manteniendo el contacto visual, dio la vuelta delante del coche y se colocó justo delante de Jay, plantando los pies a lo ancho y doblando ligeramente las rodillas. Levantó la vista hacia él y esperó que su amigo que huía tuviera el único cuchillo.

—¿Quieres mezclarlo? —Se rió. Pero ella pudo escuchar la incertidumbre detrás de ella. Esto no formaba parte de su plan—.

Ella esperó un rato mientras él trataba de decidir: atacar a una mujer de metro y medio y cien kilos o marcharse.

—Esto es lo que vas a hacer, le dijo al hombre de ojos salvajes que tenía delante. —Vas a lanzar el palo a mis pies y luego te vas a alejar lentamente.

—¿O qué?

Ella mantuvo su voz suave y uniforme. —O, Jay, te voy a golpear hasta hacerte papilla. Luego, cuando te hayas arrastrado para lamerte las heridas, voy a seguirte la pista y presentar cargos criminales contra ti y tu amigo. Y luego, presentaré una demanda civil contra ti y te volveré a hacer papilla en el juzgado.

Le sonrió, y luego hizo una finta como si fuera a soltar el palo. En lugar de eso, se abalanzó sobre ella, balanceándolo rápida y salvajemente por encima de su cabeza hacia ella.

El instinto le decía que retrocediera, pero el entrenamiento le decía que se inclinara rápidamente hacia delante. El entrenamiento ganó.

Bloqueo. Se abalanzó hacia él, acercándose y golpeando la parte superior de su brazo con ambas manos mientras le clavaba una rodilla en la ingle. Un duro bloqueo. A veces eso era todo lo que se necesitaba para desarmar a una persona; la fuerza del bloqueo le arrancaba el palo de las manos.

Jay no. Se aferró fuertemente al palo.

Bloquear. Sasha deslizó su brazo izquierdo sobre su brazo desnudo y peludo y justo debajo de su codo, girando su codo hacia arriba. Con su mano izquierda, agarró su antebrazo derecho y apretó su hombro con la mano derecha. Él trató de zafarse, pero ella empujó con firmeza su hombro mientras su muñeca izquierda subía por debajo de su codo, creando un candado e inmovilizando el palo.

Controlar. A partir de ahí, ella dio un paso adelante, con sus piernas detrás de las de él, y lo derribó. Aterrizó pesadamente en la grava, con las piernas abiertas y el brazo torcido hacia arriba. Le clavó las garras con la mano libre.

Golpear. Ella sujetó el palo y se lo arrancó de las manos. Le golpeó la rodilla con él y luego lo subió y le golpeó tres veces en rápida sucesión en la cabeza. Golpeó en ráfagas rápidas y cortas.

Él se echó las manos a la cabeza para protegerse la cara.

—¿Ya está bien? —le preguntó ella, dando un paso atrás, pero manteniendo el bastón en alto, listo para golpear si él se acercaba a ella.

Él luchó por levantarse, primero de rodillas y luego, de forma inestable, de pie. La miró fijamente y retrocedió varios pasos antes de girar y correr con fuerza hacia el parque.

Ella esperó a que su espalda desapareciera entre los árboles y tiró la rama al suelo. Luego, se apoyó en el capó de su coche y esperó a que apareciera el agente Maxwell.

Sasha giró el cuello hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Estaba de nuevo en el mismo juzgado donde había perdido la mañana. Tras oír que era una abogada que volvía a su coche de una comparecencia en el juzgado, el agente Maxwell la había conducido directamente a la oficina del sheriff y la había convertido en el problema del oficial de turno.

Maxwell había escaneado la placa del oficial, que le identificaba como G. Russell, y le había saludado de forma exagerada.

—Oficial Russell, había dicho, excesivamente familiar. —Me alegro de verle.

El oficial del sheriff le había mirado desde su escritorio. Finalmente, se levantó de su asiento y le tendió una mano de mala gana. —Maxwell, ¿cómo estás?

Una vez eliminadas las galanterías, el policía estatal había ido al grano. Le había explicado que habían atacado a un oficial de la corte y que la oficina del sheriff era responsable de la investigación principal. Russell había intentado rechazarla. Como si ella fuera un paquete que él no había pedido. Había afirmado que la oficina del sheriff no tenía jurisdicción. Los dos oficiales habían discutido en voz baja, pero al final Maxwell se había impuesto.

El oficial Russell, resignado pero educado, la miró largamente y luego desapareció en busca de café. Volvió a sentarse en la chirriante silla de invitados del oficial y observó el despacho. No tenía nada del glamour y el encanto antiguos de la única sala del tribunal del condado. En lugar de madera bruñida y bronce, el despacho estaba inundado de luces fluorescentes y moqueta de los años setenta. El escritorio metálico de Russell había visto días mejores. Estaba rayado por todas partes y tenía lo que parecía ser una abolladura en el cajón superior izquierdo. Se inclinó hacia delante para verlo más de cerca. Era lo suficientemente grande y profunda como para preguntarse si había sido creada por una cabeza.

Se enderezó cuando Russell volvió a entrar en el despacho con dos tazas de cerámica y colocó una en el escritorio frente a ella.

—Siento haber tardado un poco, dijo, señalando con la mano libre la taza de café que tenía delante. —Parece que te vendría bien otra taza de café, así que he preparado una nueva.

Levantó la taza e inhaló antes de dar un sorbo. —Café cubano orgánico de comercio justo, cultivado a la sombra, le dijo.

Sasha levantó una ceja junto con su taza. Siempre había pensado que las fuerzas del orden se especializaban en Folgers quemados y apenas bebibles.

Su primer trago corrigió esa idea. El café estaba caliente, intenso y fuerte. Creyó que iba a llorar de alegría. A medida que la adrenalina se iba agotando en su cuerpo, empezaba a arrastrarse. Había sido un día largo. Le vendría bien una taza de café decente.

—Vaya. Gracias.

Se encogió de hombros, pero no pudo ocultar una sonrisa. —El café es una especie de hobby mío.

Ella le devolvió la sonrisa. —Es una especie de requisito mío.

Se aclaró la garganta y se acomodó en la silla del escritorio. Bebieron su café en silencio durante varios minutos. Russell parecía no tener prisa por tomarle la palabra.

—¿Usaste agua del grifo para hacer esto? —Sasha se preguntó si la camarera de la cafetería había culpado al agua del sabor del café cuando lo más probable es que el culpable fuera el grano barato y rancio—.

Russell frunció las cejas ante la pregunta, pero respondió. —De hecho, no lo hice. La gente del petróleo y el gas jura que el agua está bien, pero me he dado cuenta de que todos llevan agua embotellada. Incluso han colaborado y han conseguido una de esas neveras de agua y han organizado el reparto de agua para la oficina del Registro de Actas, ya que pasan mucho tiempo allí. Si ellos no la van a beber, yo no la voy a beber.

—¿La gente del petróleo y el gas?

Russell señaló hacia la ventana. —Ya sabes, la Formación Marcellus Shale.

Marcellus Shale era la gruesa capa de roca rica en gas que se encuentra en las profundidades de la mayor parte del estado; en algunos lugares, a más de dos mil setecientos metros de profundidad. Durante mucho tiempo, todo el mundo creyó que no había una forma rentable de llegar a ella, pero en los últimos años, la industria del petróleo y el gas había empezado a perforar pozos y a bombearlos llenos de arena y agua mezclados con un cóctel químico. La presión fracturaría la formación y se liberaría el gas. Así nació la fracturación hidráulica.

En pocos años, las compañías petroleras y de gas habían firmado contratos de arrendamiento de derechos minerales con miles de propietarios y franjas enteras de Pensilvania estaban salpicadas de pozos, plataformas de perforación y equipos. Al principio, todo el mundo era partidario del fracking.

Los ecologistas, los agricultores, las empresas y los políticos locales hablaban a bombo y platillo de un combustible más limpio, de los puestos de trabajo y del dinero que aportaría a las ciudades y las zonas rurales del estado. Sasha conocía a varios abogados que habían centrado sus prácticas exclusivamente en los derechos del petróleo y el gas; no podían trabajar lo suficientemente rápido para satisfacer la demanda de sus servicios.

Cuatro años más tarde, los gritos, las acusaciones y las demandas de todas las partes implicadas habían sustituido a los gritos. Las aguas residuales, posiblemente tóxicas, se enviaban a plantas de tratamiento de agua que no estaban seguras de lo que estaban recibiendo, y mucho menos de cómo manejarlo; el gas y el material radiactivo se habían filtrado en el agua potable; y los propietarios de viviendas estaban publicando vídeos de agua marrón que salía de los grifos de sus cocinas. Y se culpaba al hidrofracking de todo, desde niños anémicos y adultos enfermos de cáncer hasta peces contaminados y terremotos.

Los políticos discutían sobre los impuestos y la regulación de las compañías de gas, y los vecinos discutían sobre si la fracturación hidráulica salvaba o destruía sus ciudades. Mientras tanto, se perforaban más pozos.

Se había convertido en un lío ruidoso, feo y apestoso (literal y figuradamente) por lo que Sasha podía ver.

—¿La perforación es importante por aquí? —preguntó. Había conducido la mayor parte del tiempo antes de que saliera el sol esa mañana y no se había dado cuenta de las formas oscuras de las torres de perforación que se cernían sobre las tierras de cultivo que bordeaban la carretera.

Russell se rió. —Yo diría que sí. De hecho, los tipos que te atacaron probablemente pensaron que eras uno de los trajes.

—¿Trajes?

—Tienes que verlo para creerlo. Ven conmigo.

Russell vació su taza y se puso de pie. Sasha lo siguió a través de la puerta de cristal con letras doradas que decían Sheriff y salió al pasillo. Mientras seguían el pasillo doblando la esquina hacia la izquierda, el tintineo de sus zapatos al golpear el mármol se vio ahogado por el repentino clamor de docenas de conversaciones que se extendían por el pasillo.

Al final había una puerta idéntica a la que acababan de atravesar, excepto que sus letras doradas decían Registro de Actas. Pero eso no era lo que Russell quería que viera. Eran los trajes.

Largos bancos de madera flanqueaban la puerta a lo largo de seis metros a cada lado del pasillo. Los bancos estaban repletos de hombres, intercalados con mujeres aquí y allá, sentados codo con codo, rodilla con rodilla. Todos llevaban trajes, principalmente de rayas negras, pero había algunos renegados de color azul marino entre ellos. Filas de maletines se alineaban en el suelo a sus pies. Los trajes que no encontraban asiento se agolpaban en el pasillo.

Por las risas demasiado alegres y las conversaciones a gritos, Sasha pudo ver que los trajeados no eran desconocidos. Tampoco eran amigos. Pero estaba claro que habían pasado largas horas sentados juntos en aquellos duros bancos. Reconoció los signos de la camaradería forzada. Ella lo había vivido, en casos de larga duración con varias partes, en los que, durante los primeros meses o años, el grupo de la defensa se agrupaba en un lado de la sala y los abogados de los demandantes se mantenían solos en el otro. Pero después de uno o dos años de dar vueltas alrededor de cada uno en las declaraciones, audiencias y conferencias de estado, se inclinaban al otro lado del pasillo y preguntaban por las familias de los demás. Compartían las grandes noticias (el matrimonio de una hija o el diagnóstico de cáncer de uno de sus padres) y las noticias mundanas (un alma mater que ganaba un campeonato o alguien que conseguía un coche nuevo) antes de plantarse ante el juez y acusarse mutuamente de ser, en el mejor de los casos, unos bufones equivocados o, en el peor, unos subhumanos chupadores de escoria. Luego, volverían a la sala para seguir con las palmaditas en la espalda y la cháchara.

A medida que Sasha y el oficial se acercaban a la puerta de la oficina, Sasha se fijó en una máquina expendedora de boletos de delicatessen que descansaba sobre una mesa junto a una nevera de agua.

—¿Esto es de verdad?

Russell asintió. —Sí. Los empresarios del petróleo y gas también la instalaron. Después de que el jefe de bomberos les dijera que el código de incendios limitaba la ocupación de la oficina a treinta personas, la cosa se puso peliaguda. La gente empezó a acampar en las escaleras del juzgado para ser los primeros en llegar cuando se abrieran las puertas. Eso violaba la ley de vagancia. Luego tuve que interrumpir una pelea a puñetazos cuando una de las chicas le guardó el sitio a otra en la cola mientras utilizaba las instalaciones. El Registrador intentó un sistema de citas, pero estos secuaces seguían cancelando las citas de las demás y firmando siete, ocho bloques de tiempo a la vez. Todo tipo de trucos sucios. Finalmente, Big Sky Energy apareció con la máquina expendedora de boletos. Ahora funciona mucho mejor.

—¿Qué están haciendo todos aquí? ¿Registrando derechos minerales?

—Aquí es donde los archivan, sí. Pero el frenesí está en la búsqueda de nuevos. Van allí y sacan las viejas escrituras de los archivos para encontrar a los propietarios que aún no han firmado sus derechos minerales.

—A este ritmo, no pueden quedar muchos, ¿verdad?

Russell la miró con resignación. —El condado de Clear Brook abarca aproximadamente trece mil kilómetros cuadrados. Apenas han arañado la superficie.

Señaló con la cabeza a algunos de los investigadores que esperaban y luego se dio la vuelta para marcharse. —Llamemos al taller mecánico de Bricker y veamos cómo les va con tu coche. Después, será mejor que te pida tu declaración.

5

Al otro lado de la calle, la Dra. Shelly Spangler acompañó a Miriam King hasta la puerta. Mientras le recordaba a la mujer que debía comprobar su nivel de azúcar en sangre con más frecuencia, vio que su hermana se acercaba.

Shelly exhibió una sonrisa y se despidió de su paciente.

—Oh, hola, comisionada Price, dijo Miriam, emocionada por su roce con una celebridad menor, mientras Heather pasaba corriendo junto a ella.

Shelly vio cómo el instinto político de su hermana entraba en acción, obligándola a detenerse y a estrechar la mano de Miriam con ese apretón de manos que todos los funcionarios electos parecían utilizar.

Ella había enseñado a su viejo Spaniel, Corky, ese truco. —Apretón de manos de político, le decía, y Corky le ofrecía una pata, esperaba a que Shelly la tomase y luego ponía la otra encima de su mano. Ahora, cada vez que veía a Heather hacerlo, tenía que resistir el impulso de lanzarle una golosina.

—¿Mi hermana la está cuidando bien, señora King? —preguntó Heather, irradiando preocupación.

—Oh, Dios mío, sí, resopló Miriam, —sólo tengo que dejar los pasteles, supongo, ¿verdad, doc?

Shelly asintió. — Así es, coincidió. —Ahora, saluda a Ken de mi parte.

Mientras Miriam salía a la acera de la consulta del médico, Heather entró poniendo los ojos en blanco.

—Tal vez un vistazo al espejo debería haberle hecho ver la necesidad de dejar los pasteles, espetó, dejando de lado el acto político para ridiculizar a la mujer que se alejaba.

Shelly lo ignoró. La forma más fácil de lidiar con la vena mezquina de Heather era simplemente no alimentarla.

—¿Qué se celebra? —preguntó en su lugar.

Heather rara vez se presentaba sin avisar.

—Oh, sólo quería comprobar los preparativos para la gran inauguración. ¿No te vas a emocionar cuando convierta ese basurero de al lado en un restaurante decente?

Shelly se encogió de hombros. Para ella, Bob's servía comida perfectamente buena, pero Heather estaba decidida a traer a la ciudad una cocina orgánica, de origen local y fresca. No era una mala idea, ya que muchos de los pacientes de Shelly podrían soportar una dieta más saludable. Por supuesto, la cafetería no era para ellos, sino que iba a estar dirigida a la gente del petróleo y el gas, con sus amplios estipendios diarios, por lo que gente como Miriam King probablemente no podría permitirse la ensalada de remolacha y queso de cabra o lo que fuera que Heather pensaba servir.

Heather esperaba una respuesta, con los ojos entrecerrados hasta convertirse en rendijas.

—¿Oh, sí, no puedo esperar! se entusiasmó Shelly.

Satisfecha, Heather se tumbó en una silla de la sala de espera y cruzó las piernas, dejando que su calzado de tacón colgara de un pie.

Shelly se sentó frente a ella y esperó. Al parecer, Heather tenía ganas de charlar.

Heather dirigió sus ojos al mostrador de recepción vacío. —¿Dónde está Becky?

—La envié a la tienda. Nos estamos quedando sin material de oficina.

—¿Te has enterado del ataque?

— ¿Cuál ataque?

Los ojos de Heather, tan azules que eran púrpura, chispearon de emoción.

—Al parecer, uno de los seguidores idiotas de Danny Trees atacó a un abogado de fuera de la ciudad con un palo en el aparcamiento municipal esta mañana.

—¿Estaba malherido?

—En primer lugar, fue ella, y ella no lo estaba, pero supongo que él sí, dijo Heather con una carcajada. —Ella le quitó el palo y le golpeó con él.

—¡Bien por ella!

—Sí, —convino Heather, —bien por ella. Pero no para ti.

—¿Qué?

El corazón de Shelly se desplomó porque no tenía ni idea de adónde iba esto, pero la mayoría de las sorpresas de Heather no eran de las agradables.

—Bueno, Shelly, parece que el juez Paulson ha designado a la abogada del palo de Pittsburgh para que represente a Jed Craybill en su vista de incapacidad. ¿No te llamó Marty Braeburn?

—No, no dijo nada. Ahora bien, ¿por qué el juez Paulson iría a hacer algo así?

Shelly estaba molesta, pero no creía que fuera para tanto.

Su hermana, sin embargo, estaba trabajando en ello.

—No sé, Shelly, tal vez ese viejo loco finalmente nos descubrió. No podemos permitirnos esto, lo sabes, ¿verdad? Necesitamos esa tierra, y la necesitamos ahora.

—Calma, Heather. Que Jed tenga un abogado no significa nada. Paulson lo declarará incapacitado, yo tomaré el control de la propiedad y seguiremos adelante. Como mucho, es un pequeño retraso.

—Es mejor que así sea, Shelly. Esa parcela es la clave del resto de nuestros planes. No sólo los pozos, ya sabes, sino el hotel y todo el resto del desarrollo. Su parcela colinda con los terrenos de Keystone Properties. Su casa va a tener que desaparecer; no quiero que los turistas tengan que pasar por esa vieja choza al acercarse al complejo.

Heather y su complejo hotelero de lujo estaban volviendo loca a Shelly. Su trabajo era conseguir los arrendamientos. Punto. Pero Heather siempre estaba hablando de construir el próximo Nemacolin Woodlands aquí mismo, en el condado de Clear Brook. Por un lado, Shelly pensaba que Nemacolin era extraño. Ahí estás, conduciendo por Uniontown, tan rural como puede ser, y un gigantesco edificio modelado como un castillo francés aparece sobre la colina. Si le preguntabas a ella, le resultaba desagradable. Pero, por supuesto, Heather no le había preguntado y, mientras el dinero fluyera como Heather decía, a Shelly no le importaba mucho la estética.

—De cualquier modo, dijo, —aunque el juez deniegue la petición, podemos apelar.

Heather sacudió la cabeza con tanta fuerza que los anteojos de sol de Prada que tenía encima se tambaleaban.

—No, Shelly, no tenemos tiempo para apelaciones. Ni para esto, ni para los juicios declarativos. El tiempo es dinero. ¿No lo has aprendido ya? Te dije todo el tiempo que deberías haber conseguido que el condado utilizara a Drew en lugar de a Marty para este trabajo.

Shelly no quería entrar en el tema.

Drew Showalter era el abogado del condado; asesoraba a los comisionados. Heather creía firmemente que lo controlaba por una combinación de deseo y miedo. Shelly no dudaba de que Drew deseaba y temía a su hermana, pero de vez en cuando le parecía ver algo parecido a un arrepentimiento o una chispa de conciencia en el hombre. De todos modos, no era su decisión. El Departamento de Servicios de la Tercera Edad utilizaba a Marty porque era más barato que Drew.

—Bueno, ¿qué dice Drew? —preguntó ella.

—No lo sé, siempre está parlotteando sobre las normas y los elementos probatorios, las pruebas de cuatro niveles, bla, bla. Es como si le pagaran por palabra.

—Así es, ¿no?

Las hermanas compartieron una buena carcajada sobre eso. Shelly se alegró de haberla distraído de este último asunto. Mantener a Heather contenta se estaba convirtiendo en un trabajo a tiempo completo.

6

De vuelta en la incómoda silla de Russell, Sasha se sintió reconfortada al encontrar su café aún caliente. Envolvió su mano alrededor de la taza mientras el oficial llamaba al taller de Bricker para ver si ya le habían cambiado los neumáticos. Después de informar de que el mecánico había sustituido el parabrisas, pero había tenido que enviar a alguien a Hickory para conseguir los neumáticos de repuesto, le dijo que tardarían al menos unas horas más.

—Siento que estés atrapada aquí por un tiempo, dijo, desenredando el cable de su grabadora. Se agachó y tocó el enchufe detrás de su escritorio, buscando la toma de corriente. Luego sacó la cinta de la grabadora, escribió su nombre y la fecha con el bolígrafo y la devolvió a la pletina. Apretó el botón de —grabar— y esperó a que el carrete empezara a girar. Se aclaró la garganta y colocó la grabadora en el escritorio, equidistante de ellos. Anunció la fecha y el nombre de ella, y luego le dedicó una sonrisa.

—Vamos a hacer esto, dijo. —Señorita McCandless, ¿qué ha hecho hoy en la ciudad?

Parecía que Russell iba a saltarse todas las formalidades sobre el nombre, la dirección y la ocupación. Sasha reconoció el enfoque. Ella misma lo utilizaba en las declaraciones de los testigos de los hechos de vez en cuando. Adoptando un tono conversacional, podía hacer que el testigo se olvidara de que estaba siendo grabado. El resultado eran respuestas más completas, porque no estaba eligiendo cada palabra con cuidado. Por primera vez, tuvo la sensación de que el oficial del sheriff, amante del café, podría ser un investigador experto.

—Bueno, estaba en la ciudad para una moción de descubrimiento ante el juez Paulson esta mañana.

—Entonces, ¿eres abogado?

—Sí. Ejercicio en Pittsburgh.

—¿Qué firma?

—Presc..., se sorprendió a sí misma, —El Despacho Jurídico de Sasha McCandless. La costumbre de identificarse como abogada de Prescott & Talbott estaba muriendo con fuerza.

—Entonces, ¿quién es su cliente aquí? ¿Y de qué se trata la audiencia?

Ella dudó y luego decidió responder. Era un asunto de dominio público. —VitaMight, Inc. Esperó.

—VitaMight tiene un centro de distribución en las afueras de la ciudad. El arrendador comercial, Keystone Properties, rescindió el contrato de arrendamiento a largo plazo de la propiedad sin previo aviso. Es un incumplimiento del contrato de arrendamiento, así que lo demandamos. El arrendador se ha negado a entregar los mensajes de correo electrónico relacionados con la rescisión del contrato, así que presentamos una moción para obligarlo. El juez la concedió.

Estaba bastante segura de que el ataque no había tenido nada que ver con la interpretación de la cláusula artículo 14 inciso G(iii) apartado c del contrato de alquiler, pero sabía que Russell tenía que cubrir todas las bases.

—¿Por qué Keystone rompió el contrato de alquiler?

—Sinceramente, no lo sé. Por eso queremos el descubrimiento: no han compartido la base con nosotros.

Guardó silencio durante un minuto. Ella le observó tratando de decidir si había algo más en la disputa por el descubrimiento.

Miró su cuaderno, garabateó una frase y siguió adelante.

—Después de la vista, ¿fuiste directamente a tu automóvil?

Por su tono, ella sabía que él ya conocía la respuesta, pero no se lo había dicho. Probablemente el otro oficial del sheriff, el asignado a la sala, ya le había puesto al corriente del arrebato de Jed Craybill.

—No. Cuando estaba recogiendo para irme, Jed Craybill irrumpió gritando al juez Paulson. De alguna manera, cuando el polvo se asentó, había sido designado para representar al Sr. Craybill en una audiencia de incapacidad que estaba programada para esta mañana. El Sr. Craybill y yo fuimos a Bob's Diner para comer algo y prepararnos para la audiencia. En la audiencia, argumenté que el condado no cumplía con su carga de demostrar que el señor Craybill necesitaba que se le nombrara un tutor para gestionar sus asuntos, y el juez Paulson programó una audiencia y nos ordenó que informáramos sobre el asunto.

Russell extendió el dedo índice y detuvo la grabación. —¿Crees que el viejo Jed es incompetente?

Se encogió de hombros. —Sólo le he conocido esta mañana. ¿Qué opinas?

Él consideró la pregunta. —Creo que es un viejo cascarrabias.

Asintió con la cabeza y volvió a iniciar la grabación. Sasha le explicó su visita a la oficina del administrador del juzgado, su conversación con Showalter y su paseo sin incidentes hasta el aparcamiento. A continuación, le relató el ataque y describió a los dos hombres lo mejor que pudo. Russell la dejó ir sin interrumpirla y la detuvo después de que relatarla la llegada de Maxwell a la escena y antes de que pudiera describir el enfrentamiento jurisdiccional.

—Gracias, Srta. McCandless.

Apagó la grabadora, sacó la cinta y metió la mano debajo del escritorio para desenchufar la grabadora.

Tras depositarla de nuevo en su cajón, se inclinó hacia atrás, apoyando la silla sobre dos patas, y la miró.

—No conozco a nadie con el nombre de Jay ni a nadie que coincida con esa descripción. Pero el tipo que se acobardó, eso suena a Danny. Un tipo pequeño, de cabello negro rizado y salvaje. Es más, o menos el líder de PNRT.

—¿PNRT?

—Protección de Nuestros Recursos y la Tierra, dijo Russell. Reprimió una risa.

—Tiene que ser Danny Trees.

—¿Su verdadero nombre es Danny Trees?

—No, su verdadero nombre es Daniel J. McAllister, Tercero. Heredero de la fortuna maderera de los McAllister. Pero después de que todo ese dinero de la madera enviara al joven Danny a la universidad en Antioch, le creció la conciencia y se ha dedicado al activismo medioambiental. Financia PNRT con su fondo fiduciario.

Sasha enarcó una ceja. —¿Qué tipo de organización es?

Russell frunció los labios y consideró su respuesta. Finalmente, dijo: —Una organización desorganizada. Durante mucho tiempo, PNRT no fue más que Danny y algunos de sus amigos de la universidad paseando por ahí, repartiendo folletos sobre la reducción, la reutilización y el reciclaje. Parecía que se les escapaba la ironía de gastar papel en esos folletos, que acababan en los cubos de basura de toda la ciudad. Pero una vez que la perforación se puso en marcha en serio, Danny se centró. Tiene un núcleo de, oh, yo diría, veinte, manifestantes que se presentaban en el juzgado con bastante regularidad para interrumpir los juicios, hasta que Big Sky consiguió que el consejo del condado dijera a Danny que sus solicitudes de permiso eran defectuosas. Fue entonces cuando se trasladaron al parque público cerca del terreno municipal. Los amigos de Danny también se han encadenado a una torre de perforación aquí o allá en alguna ocasión. Pero nada violento. Hasta hoy. Sin embargo, Danny no es un tonto. Se puso en contacto con algunos de los pescadores locales, que no están contentos con lo que el fracking supuestamente ha hecho a los peces. Se unieron y consiguieron una petición. También han ido a todas las reuniones del consejo del condado. Pero no les va a servir de nada. La mayoría de los comisionados son propietarios de negocios locales, que han experimentado un gran auge gracias a las demandas. El único hotel de la ciudad está reservado hasta 2014. La gente está alquilando sus habitaciones libres. Es como si los Juegos Olímpicos estuvieran en la ciudad o algo así.

Russell cerró la boca de golpe, como si se diera cuenta de que había estado divagando. Miró el reloj metálico de la pared. —Bueno, tienes algo de tiempo para matar. ¿Quieres hacerle una visita a Danny Trees?

Russell detuvo su Crown Vic frente a una vieja mansión victoriana en las afueras de la ciudad. La casa había sido una vez hermosa, pero su grandeza se había desvanecido. La pintura se desprendía de las paredes exteriores en forma de largos rizos. Varios husos de madera ornamentados y torneados a mano en el pórtico curvo estaban rotos o habían desaparecido por completo. Y donde Sasha imaginaba que antes habían colgado cortinas de encaje blanco almidonado, ahora había mantas tejidas y sucias que hacían las veces de escaparate.

—Aquí es, dijo Russell, apagando el motor. —La mansión McAllister. Ahora es el hogar de Danny Trees y la sede del PNRT. Este lugar está en el Registro Nacional de Lugares Históricos.

Cuando salieron del coche, Russell enfundó su arma reglamentaria y su radio. Sasha se quedó mirando la casa en ruinas.

—Es una pena.

—Lo es, y no lo es, respondió Russell, mientras se abrían paso por el agrietado camino, salpicado de maleza. —Es una casa grande y cara. Restaurarla y mantenerla costaría más de lo que cualquiera de aquí está dispuesto a pagar. Puede que Danny no guarde las apariencias, pero paga los impuestos y no ha dejado que el lugar se desmorone. Dice que sería un despilfarro no utilizar la casa, teniendo en cuenta la cantidad de árboles que se masacraron (palabra suya) para crearla. Se encogió de hombros y señaló por encima del hombro una casa que estaba justo enfrente. —Es mejor que lo que le ocurrió a la antigua casa de los Wilson.

Sasha se volvió para mirar. Era otra casa victoriana, ésta con una torreta y un amplio pórtico envolvente. Un gazebo destartado asomaba en el patio trasero, imitando tanto la arquitectura como el estado actual de la casa. A juzgar por el contrachapado clavado sobre la entrada principal y la falta de cristales en las ventanas del piso superior, estaba abandonada.

—¿Cuál es la historia?

Russell apoyó el brazo en un león de piedra que custodiaba los escalones que conducían a la calle y al patio delantero. —Clyde Wilson tenía un próspero negocio de calefacción doméstica en los años cincuenta y sesenta. Instalaba hornos de petróleo en un territorio que abarcaba todo el condado. Eso es un montón de casas. Pero cuando se produjo la crisis del petróleo en los años 70, no se dio cuenta de la situación. En vez de dedicarse a la calefacción eléctrica, se aferró a la idea de que su mercado se recuperaría. En lugar de recortar, siguió gastando dinero como si tuviera un suministro infinito. Todo lo que sus hijas querían, lo tenían. Su esposa tenía el dinero de la familia, y lo gastaron muy rápido. Así que el viejo Clyde fue a pedir un préstamo a alto interés y lo puso todo, y quiero decir todo, como garantía. El banco canceló el préstamo y perdieron su casa, sus muebles, todo. La casa se vendió en una subasta a un promotor que la dividió en apartamentos y la alquiló. Con el tiempo, el calibre de los inquilinos que podía atraer disminuyó y acabó siendo, bueno, un albergue de mala muerte. Ahora está condenada.

Sasha se quedó mirando la triste casa. —¿Qué ocurrió con la familia?

—Se mudaron al lado equivocado de las vías. Clyde se suicidó y dejó a su mujer y a sus dos hijas en la indigencia. Salieron adelante, a duras penas. A las niñas les ha ido bien. Su madre murió hace unos años.

Empezaron a subir las escaleras del pórtico. Las tablas de madera crujieron bajo sus pies, anunciando efectivamente su llegada, si es que la presencia del coche del sheriff no lo había hecho. Las amplias puertas dobles se abrieron y una mujer salió a recibirlos. Llevaba el cabello largo recogido en una trenza y la falda de campesina sobresalía por encima de sus pies descalzos. Sasha la reconoció del aparcamiento. A juzgar por la chispa de miedo en los ojos azules de la mujer, ella también reconoció a Sasha.

—Melanie, la saludó Russell, con una punta de su sombrero de oficial. —¿Se encuentra Danny por aquí?

Melanie parpadeó y miró por encima del hombro. Tragó saliva.

—Uh, está en el salón comunitario. Espera aquí, ¿de acuerdo? Yo lo buscaré. Desapareció de nuevo en el pasillo poco iluminado, cerrando la puerta casi por completo, pero sin cerrarla del todo.

Sasha miró a Russell para ver si seguía a la mujer en el interior, pero él se limitó a sonreír y se depositó en un largo sillón de madera junto a la puerta.

Al cabo de varios minutos, durante los cuales pudieron oír el murmullo de voces flotando a través de la ventana abierta justo detrás del planeador, la puerta volvió a abrirse.

El hombre más bajo del aparcamiento salió al pórtico y cerró la puerta con firmeza tras él.

Russell se puso de pie. —Buenas tardes, Danny.

—Oficial, dijo Danny con una inclinación de cabeza. Dirigió su atención a Sasha: —No nos han presentado formalmente. Daniel J. McAllister, Tercero. Se adelantó con la mano extendida y una amplia sonrisa.

Sasha le estrechó la mano, pero no le devolvió la sonrisa. —Sasha McCandless. Señor, añadió como una idea tardía.

La sonrisa se desvaneció.

—Entonces, Danny, —dijo Russell—, —supongo que sabes por qué estamos aquí.

—Permíteme empezar diciendo que no consiento la violencia en nuestro movimiento. Sus ojos se movieron entre los dos. Estaba nervioso y trataba de ocultarlo.

—¿Cómo llamas a atacar a una mujer desarmada, Danny?

Él se estremeció. —Eso se me fue de las manos, y lo siento de verdad. Pero, no olvides que intenté detener a Jay.

Sasha levantó una ceja.

—¿Y el vandalismo, Danny? ¿Romper neumáticos? ¿No crea eso residuos? Ahora cuatro neumáticos en perfecto estado están arruinados. Había una pizca de burla en la voz de Russell, pero Danny no la vio o prefirió ignorarla.

—Tenemos algunos miembros nuevos, les dijo. —Algunos de ellos aún no entienden del todo nuestra filosofía.

—¿Ese sería este personaje Jay? Russell apoyó una mano en la culata de su arma.

—No sólo él, coincidió Danny.

—¿Quién más?

—Bueno, él es el principal, supongo. Hemos tenido varias personas que se han unido recientemente. Ninguna de ellas local. Respondieron a nuestro anuncio en la web.

—¿Jay fue uno de ellos?

—Sí.

—¿Cuál es su apellido?

—No lo sé.

—¿De dónde es?

Danny se encogió de hombros.

—¿Dónde se hospeda?

Otro encogimiento de hombros. Russell se acercó al hombre más pequeño y lo miró fijamente. Esperó.

—Uh, se estaba quedando aquí, admitió Danny. —Pero, no volvió después del... eh, incidente en el lote. Para ser honesto, me imaginé que la policía estatal probablemente lo había recogido y que yo pagaría la fianza más tarde. ¿Qué pasó después de que me fuera? Dirigió esta última parte a Sasha.

—Después de que huyeras, dijo ella, —tu nuevo amigo dio otro golpe a mi parabrisas, rompiéndolo. No podía esperar más a la policía, así que le desarmé y le golpeé con su rama.

Danny se giró hacia Russell. —¿Va en serio?

—Parece que sí. Resulta que la Sra. McCandless tiene algo de entrenamiento en defensa personal. Tu amigo probablemente tiene un gran dolor de cabeza en este momento.

Se quedó en silencio.

Russell señaló por encima del hombro de Danny hacia la casa. —Sabes, normalmente no intento entrar en tus instalaciones. No tengo ningún interés en acosarte a ti y a tu alegre banda de abrazadores de árboles. Sin embargo, quiero asegurarme de que no estás albergando a un fugitivo, que es lo que es este personaje Jay ahora, para que quede claro. Además, vas a tener que tomar tu chequera, Danny. La señora McCandless aceptará un cheque para cubrir el coste de las reparaciones de su coche.

Danny abrió la boca para protestar y luego lo pensó mejor. —De acuerdo, pero ella espera aquí fuera.

—Por mí está bien, le dijo Sasha, hundiéndose en el parapente. —El olor a pachuli me da dolor de cabeza.

Russell sonrió ante el comentario y siguió a Danny al interior de la casa.

Sasha pasó el tiempo con su Blackberry. Envío un mensaje de texto a Connelly explicando por qué se había retrasado en Springport y redactó un correo electrónico para el Asesor Legal y el vicepresidente de operaciones de VitaMight para informarles de que habían ganado la moción para obligar. Estaba a punto de llamar a su madre para que le diera algunas ideas para un regalo de cumpleaños para su padre, cuando Russell volvió a aparecer.

Estaba solo y sostenía un cheque en blanco y firmado, que dobló por la mitad y le entregó. —Con las sinceras disculpas de Danny.

Se lo colocó en el bolsillo de la chaqueta. —Supongo que no hay rastro de Jay.

Salieron juntos del pórtico.

—No. Dejó una bolsa de lona en la habitación que usaba, pero no tenía ninguna identificación ni otros objetos de interés. Sólo una camiseta con tintes de corbata y un par de pantalones vaqueros que probablemente podrían haberse mantenido en pie por sí mismos al estar tan sucios.

—¿Nadie más sabe nada de él?

Russell negó con la cabeza. —Danny es el único que tiene algún tipo de enfoque. No sé si el resto están drogados o son perezosos o qué, pero no pudieron ponerse de acuerdo sobre de dónde era este tipo, cuánto tiempo había estado aquí, nada. Dijeron que no tenía coche. Afirmó que había hecho autostop desde algún lugar. No estaban seguros de dónde era. Me resulta difícil de creer. No hay mucha gente por aquí que se detenga y lleve a un extraño. No en estos días. Pero, si no tiene transporte, no llegará muy lejos.

Russell sostuvo la puerta del pasajero abierta para ella. —Hablando de paseos, vamos a ver si el taller de Bricker ya tiene el suyo listo.

7

Carl Stickley estaba irritado. Era el sheriff, maldita sea. No tenía por qué ir por todo el condado entregando avisos de desahucio y órdenes de detención. Por un lado, era indigno de él. Por otro, sus rodillas estaban mal.

Pero de sus dos inútiles oficiales, uno había desaparecido. Más le valía a Russell tener una excusa sólida para esta tontería, pensó.

Acababa de regresar de cumplir una orden de arresto por relaciones domésticas en Copper Bend, y la suciedad de la choza de ese hombre todavía le afectaba. Iba a darle una buena paliza a Russell cuando apareciera.

Un ligero golpe en su puerta interrumpió sus reflexiones sobre lo que le diría a su errante oficial.

La puerta se abrió y el rostro sonrojado de Russell se asomó a él.

—¿Claudine dijo que quería verme, señor?

Stickley agitó una mano. —Entre aquí.

El oficial se apresuró a rodear la puerta y la cerró tras de sí. Se quedó allí, junto a la puerta. Todos los miembros del personal de Stickley hacían eso: entraban a duras penas en el despacho y luego se quedaban colgados junto a la puerta. A él le gustaba. Supuso que significaba que estaban intimidados.

Entrecerró los ojos y miró al oficial del sheriff. —¿Dónde has estado, hijo?

Russell se aclaró la garganta. —Hubo un ataque a una abogada, señor.

Stickley se inclinó hacia delante. —¿En la sala del tribunal? ¿Por qué no se me notificó, oficial?

—No señor. Una abogada que aparcó en el aparcamiento municipal interrumpió a unos vándalos que estaban rajando sus neumáticos. La mayoría salió corriendo, pero uno de ellos se quedó y la atacó con una rama de árbol. Ella llamó a la policía estatal y Maxwell la dejó en nuestro regazo. Tú estabas almorzando cuando la trajo.

Stickley sacudió la cabeza y dio un silbido bajo. —¿Está malherida?

Russell se rió. —No, señor, le propinó una paliza al tipo, por lo que ella misma cuenta. Es muy pequeña, pero sabe algún tipo de defensa personal que utiliza el ejército israelí.

—¿Krav Maga?

—Sí, eso es.

Stickley asintió. —Bien por ella. ¿Alguna identificación del atacante?

—Uno de la gente de Danny Trees. Se llama Jay. No es local. La abogada y yo fuimos a la casa de Danny mientras su coche era reparado en el taller mecánico de Bricker trabajaba en. Danny afirma no haberlo visto desde el ataque. Eché un vistazo. Dejó una bolsa de lona allí, así que quizá vuelva.

Russell terminó su informe y se quedó en posición de firmes, esperando que Stickley lo despidiera.

Stickley volvió a agitar la mano. —Vamos, vete. Asegúrate de escribirlo y de enviar una copia a la estación de Dogwood. Te juro que esos policías se vuelven más perezosos cada día.

Russell agarró el picaporte de la puerta y salió corriendo de la habitación. Stickley lo vio partir y sonrió ante su afán por escapar. Luego, hizo girar su silla y pensó. Un violento manifestante ecologista. Parecía que debía haber una forma de utilizar eso en su beneficio. Dio vueltas a la información en su mente, examinándola desde todos los ángulos. Ya se le ocurriría algo.

8

Pittsburgh, Pensilvania

Lunes por la noche

Dieciséis horas y veinte minutos después de haber salido de Pittsburgh para una audiencia de presentación de pruebas de veinte minutos, Sasha volvió a aparcar en el lugar que tenía reservado en su apartamento. El sol, que aún no había salido cuando salió por la mañana, hacía tiempo que se había puesto. Estaba cansada, hambrienta y tenía frío.

Atravesó el aparcamiento y entró en el cálido lobby. Estuvo tentada de tomar el ascensor en lugar de las escaleras, sólo por esta vez. Pero así fue como empezó. Tomar el ascensor esta noche porque estaba cansada y le dolían los pies por haber estado atrapada en unos tacones de aguja de cinco centímetros todo el día, y luego mañana querría tomarlo porque se le hacía tarde. Luego, lo siguiente que sabría es que estaría cogiendo ascensores por todas partes porque le daba pereza subir escaleras. Además, las escaleras daban más opciones en caso de asalto. Si te atacan en un ascensor, eres un blanco fácil.

Enderezó la espalda y ajustó el peso de su bolsa sobre el hombro. Luego atravesó la puerta metálica que daba acceso al hueco de la escalera. Para compensar su momento de debilidad, subió las escaleras de dos en dos.

Aquella pequeña ráfaga de actividad mejoró ligeramente su estado de ánimo. El olor a especias y a carne asada que emanaba de su unidad le hizo sonreír. Para cuando abrió la puerta y vio a Connelly esperándola con un vaso de vino tinto en la mano, ya se había olvidado de sentirse miserable.

Habían pasado seis meses desde que Leo Connelly había entrado en su vida de la forma más extraña imaginable. Sasha nunca habría imaginado que su relación más larga hasta la fecha sería con un agente aéreo federal al que le rompió la nariz y un dedo al desarmarlo en el apartamento de un desconocido asesinado. Pero, como solía decir su abuela: «nunca falta un roto para un descosido». Así que aquí estaba él, el agente Leo Connelly. Su tapa. Al menos por el momento.

—¿Cómo estás? —Las esquinas de sus ojos se arrugaron con preocupación mientras le entregaba la copa de vino y se inclinaba para besarla.

Ella se dio un minuto para relajarse en sus brazos antes de retirarse.

—Mejor ahora. La cena huele de maravilla.

Levantó su copa en homenaje a sus habilidades culinarias antes de subir las escaleras a su dormitorio en el loft para quitarse los tacones y ponerse un jersey y unos jeans.

Con una segunda copa de syrah y entre bocado y bocado del tajine de cordero de Connelly, le puso al corriente de lo que ocurría en Springport. Él escuchó sin interrumpir, asintiendo mientras procesaba la información. Ella pudo ver cómo clasificaba y catalogaba mentalmente la información entre los bocados para analizarla más tarde.

Dejó el tenedor y levantó una mano para detenerla cuando llegó a la parte del cheque en blanco de Danny Trees.

—¿Todavía lo tienes? No lo has depositado todavía, ¿verdad?

—No, sólo quería llegar a casa. No estoy seguro de que vaya a hacerlo de todos modos. Podría considerarse como una liquidación de cualquier reclamación que pudiera tener contra Danny y el PNRT por el coste de las reparaciones. Creo que le daré un día para asegurarme de que no se han metido con nada más.

Por lo que ella sabía, había azúcar en su depósito de gasolina.

Él esbozó una sonrisa. —Hablas como un verdadero abogado. Si me das el cheque, puedo pasar su cuenta bancaria por la base de datos y ver qué aparece.

La base de datos era Guardian, en la que las fuerzas del orden de todo el país introducían Reportes de Actividad Sospechosa, llamados RAS. Seis meses antes, mientras investigaba un

accidente aéreo, Connelly había accedido a la base de datos clasificada para establecer una conexión entre un obrero de la ciudad muerto y un desarrollador tecnológico psicótico, lo que le llevó al apartamento donde se habían conocido. Pero eso había sido un asunto oficial. Esto no lo era.

Lo miró detenidamente. —¿Estás seguro de que es una buena idea?

Él apartó la mirada, pero no antes de que ella viera en sus ojos que no estaba nada seguro.

—Estoy seguro, dijo él.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.